



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU

MISTERIOS DE LA INQUISICIÓN

I.

El barrio de Triana.

Hacia la mitad del décimo sexto siglo, durante el reinado de Carlos V, la población de Sevilla, esa gozosa y alegre capital de Andalucía, poco á poco se había transformado en una ciudad sombría, silenciosa y triste. En vano la ciudad morisca hacía ostentación en medio de los rayos de un sol espléndido, de sus vastas azoteas cubiertas de arbustos y de flores; de sus elegantes balcones, por do trepaban, cual bellísimos encajes, los verdes y floridos bejucos, las rojas granadillas y los jazmines de Virginia con sus anchas corolas de oro.

No resonaba ya en las noches bajo los balcones, la voz de los enamorados caballeros acompañada de la estrepitosa armonía del bandolín; y si durante las horas deliciosas de la noche, las tímidas jóvenes osaban todavía presentarse en sus terrados, y aspirar al aire fresco y perfumado que se eleva de las riveras del Guadalquivir, pasaban silenciosas y graves como espectros, y de sus mudos labios no salían ya más que suspiros sofocados, en lugar de las alegres y joviales risas, de esa armoniosa melodía del lenguaje que en boca de las mujeres hace asemejar la lengua española á una música sonora.

Por todas partes el terror, hacia largo tiempo, había levantado su lúgubre estandarte; no más tertulias de familia, no más reuniones patriarcales; la desconfianza y el temor paralizaban los más dulces sentimientos del alma. El padre temía á su hijo, el hermano á su her-

mano, el amigo á su amigo; porque en esta época, se creía ver siempre en el ser amado, un espía ó delator. Ninguno contaba segura su fortuna ni su vida; viviendo solo para lo presente, no atreviéndose á emprender nada, encerrando en lo íntimo de su corazón todo rasgo de generosidad ó de ternura, no hallando consuelo ni esperanza en Dios, ese grande consolador de todos las miserias; no osando invocarle en la libertad de su conciencia; inciertos como estaban de saber si la expresión de sus súplicas ó la manifestación de su fé era la expresión *legal*, aprobada por el tribunal supremo, la inquisición. Usurpador *sagrado* que exigía se adorase á Dios á su manera, ó más bien transformándose él mismo en Dios, se abrogaba derechos infinitos y un *fatalico* poder sobre los cuerpos y las almas; tirano inhumano que trataba por todos los medios posibles, de alcanzar su objeto único, la dominación. La inquisición estaba entonces en el horrible apogeo de su poder; tenia por jefe al cardenal Alfonso Manriquez, arzobispo de Sevilla. Esta corta narración era muy necesaria para la inteligencia de los capítulos siguientes.

Trasladémonos ahora al 15 de febrero de 1534.

Podrían ser como las siete de la noche; las calles de Sevilla, ántes ruidosas y animadas, yacian oscuras y silenciosas, á pesar de estar en la época del carnaval. Solo por intervalos, frailes de sórdido aspecto cruzaban las calles cual gitanos errantes: familiares del santo oficio, espías vigilantes, se saludaban al pasar con un signo sacramental (1), y los habitantes del *barrio de Triana* (2) se agolpaban en las avenidas del puente de barcas echado sobre el Guadalquivir, que reúne la ciudad con ese inmenso arrabal sentina, inmunda en que pulula todavía hoy día, la hez de la población sevillana.

Entre las personas que á esta hora atravesaban el puente de Triana, se notaba un hombre de estatura más que regular, vestido con hábito de fraile. Su frente ancha y grave era más bien tranquila que áustera; sus ojos

(1) *Signo sacramental*. Como los masones y otras sociedades secretas, los familiares de la inquisición tenían signos, tocamientos y palabras conocidas de ellos solos, por medio de las cuales se conocían los unos á los otros.

(2) *El barrio de Triana*. Este barrio, separado de la ciudad de Sevilla por el Guadalquivir, ha sido siempre, y lo es todavía, habitado por gentes de malas costumbres, contrabandistas, desertores, etc.

negros llenos de dulzura, aunque el entusiasmo y pensamiento los hiciesen brillar, y en sus labios mudos estaba marcado el sello de la elocuencia y de la poesía. Sobre esta fisonomía se hallaba la radiante energía de san Pablo y la dulzura del discípulo amado.

Este hombre caminaba lentamente, como preocupado de altos pensamientos, y en la extrema indiferencia de las cosas terrenales en que parecia sumergido, no veía á los que pasando se agolpaban á su lado, ni los que viniendo en la misma dirección que él, podían atropellarle en la semioscuridad de la noche.

Tan luego como llegó al otro lado del puente, se detuvo un instante incierto, si de las dos calles que formaban una bifurcación, tomaría á la derecha ó á la izquierda. Mas, como á esta indecisión poco formulada, se mezclaban preocupaciones de otro género, el fraile entregado sin duda á la decisión de alguna idea, se detuvo pensativo y sin movimiento en el mismo sitio. Parecía más bien un hombre que espera á otro que un filósofo que reflexiona; y en esta época sobre todo, pocas gentes hubiesen comprendido al ver este fraile así inmóvil, que no hacía más que obedecer á un impulso de su pensamiento.

En este mismo instante, un hombre decentemente vestido desembocó por la calle de la derecha, que llamaban entonces *calle de Gitanos*, se detuvo un poco en el ángulo de esta calle, mirando á todos lados como quien busca á alguno: luego habiendo visto al religioso, se dirigió lentamente á él.

Estando ya á pocos pasos del fraile, se detuvo de nuevo, y éste no le veía todavía.

El hombre se acercó y pronunció con gravedad en voz baja esa sola palabra:

— Hito (1).

Al sonido de esta voz, el franciscano levantó con presteza la cabeza, miró por algun tiempo al hombre que le habia hablado y respondió por esta otra palabra:

— Coraza (2).

(1) *Hito* esta palabra, abreviación de *chito* silencio, y de *S. Benito*, escapulario de paño pajizo con que la inquisición vestía á las personas condenadas á figurar en el *auto de fe*, es una de las palabras sacramentales de que hemos hablado.

(2) *Coraza* era un gorro alto punteagudo. En este gorro, con el cual se adornaba á los condenados á la hoguera, era otra de las palabras sacramentales.

— Dios (1) me envia, añadió el desconocido.

— Dios tiene mucho poder sobre los hombres, contestó el fraile.

— Vuestra reverencia puede seguirme, replicó el hombre.

El religioso obedece y se pone á marchar al lado de su guia con aire tan tranquilo, tan natural, como si este incidente no hubiese sido imprevisto; dejándose guiar como un niño dócil y observando escrupulosamente el imperioso *chiton*, producido por el terror que inspiraba la inquisición y que todavía se conserva como un siniestro proverbio entre los españoles.

El desconocido y el fraile siguieron juntos la calle de Gitanos, una calle larga, negra, tortuosa, en que no se percibe otra claridad que la de las numerosas tabernas escalonadas á lo largo de esta calle horrorosa, de donde salia un ruido acre y confuso, mezclado de voces discordantes y avinadas.

El pueblo bajo de Sevilla, el pueblo innoble, rateros y otros, tomaba en este momento su descanso y se embriagaba de *manzanilla* y de *pajarete*, que bebia á grandes tragos en las *chiquitas*, vasos largos y estrechos, todavía en uso en las tabernas andaluzas.

Llegado á lo último de la calle, el desconocido se detuvo delante de una taberna mejor iluminada que las otras, y señalando la puerta á su compañero le hizo una seña para entrar.

El religioso, sin vacilar, entró en este horrible lugar; porque no era entonces cosa rara ver frailes en una taberna. Todo el mundo sabe, por último, que en todo tiempo en España, se han mezclado en todas las cosas viles y reprobadas. De esto sin duda el menosprecio y el odio que les ha perseguido y expulsado.

El padre franciscano entró pues en la taberna.

Esta era una sala baja, larga y oscura, las paredes negras y ahumadas, cubiertas aqui y allí de anchas grietas cuyo color más claro, resaltando sobre el fondo oscuro de la pared, formaba un mosaico de jeroglíficos.

Bancos groseros y cojos se extendian todo alrededor de la sala delante de largas mesas negras y grasientas; pero

(1) Dios, en el caló místico de los familiares, denotaba *inquisidor del reino*, el de la provincia, ó la inquisición tomada en sentido colectivo.

á las cuales el continuo frote de los codos habia dado una especie de barniz.

En las paredes, á la mitad de la altura del techo, habian pegado una multitud de estampas groseras que representaban las numerosas advocaciones de la Virgen que adora la España, ó escenas horribles de autos de fé. Debajo de cada una de estas imágenes, ardian dos velitas del grueso de un cañon de pluma, ó una lámpara llena de aceite humoso y rancio. Estas luces que estaban encendidas constantemente, eran durante la noche la única iluminación de la taberna.

En las vigas del techo estaban puestos un sin número de ganchos de hierro de muchos brazos, llamados *garabatos*, de los que pendian en desorden jamones, tocino, carne fresca, sombreros de los concurrentes y aún capas; estos ganchos servian de *perchas* á los parroquianos de la taberna.

Al ver estas gentes de horrible aspecto, frailes, decidoras de buena-ventura, gitanos y familiares de la inquisición, porque de todo habia en esta taberna; al verlos, digo, sentados al lado de largas mesas, á la claridad vacilante de las candelitas, con tan extraño traje, se habria creido una reunión de demonios, sentados bajo los suplicios en medio de las catacumbas.

El suelo terroso, pardusco y húmedo, no resonaba bajo las sandalias del fraile, á los piés desnudos de los gitanos; el ruido de las voces roncas parecia á una lúgubre salmodia. Este lugar inmundo inspiraba tanto terror como disgusto. Tales eran entonces las tabernas del barrio ó arrabal de Triana (1).

El padre franciscano fué á sentarse al extremo de la sala, á una esquina de la mesa adonde no estaba nadie; luego invitó á su compañero á colocarse á su lado.

— Luego, dijo el desconocido, necesito antes hablar á

(1) Las tabernas, tales como las describe el autor, son raras hoy aún en el barrio de Triana. No he visto más de tres ó cuatro en 1822. En España, como en todas las partes, las tabernas que hacian las delicias de nuestros padres, han sido transformadas en magníficos *cafés*, en donde se emborracha uno, es verdad, pero á mayor precio, rodeado de espejos y marcos dorados, bebiendo en vasos de cristal licores y vinos inferiores acaso, en calidad, pero mucho más caros y con nombres extranjeros. Los taberneros, antiguamente personas de la hez del pueblo, á veces penados por la justicia, hoy se han metamorfoseado en *honrados ciudadanos*; y mediante una patente, pueden ser, á la vez, mercaderes, usureros, ladrones, sacristanes, beatos, electores, en algunos casos elegibles y en otros elegidos.

Chapa, y señaló á una joven que estaba en pie á pocos pasos de ellos á la puerta de un estrecho retrete que le servia de cocina.

La *Chapa* (1), hermana del tabernero, era una joven y morena andaluza medio gitana, de piernas delgadas y torneadas, apenas cubierta hasta muy abajo de la par-torrilla por una corta y roja saya. Largos cabellos ne-gros un poco ondulados caían divididos en dos ramales, de cada lado de su cabeza hasta debajo de su airoso talle y un ancho zorongo de cinta naranja prendido sobre la nuca con largos alfileres de cabeza de acero, cuyas innum-erables facas brillaban como estrellas.

El desconocido se acercó á ella con familiaridad y le dijo con tono breve y á media voz.

— Ha venido Frazco (2), *Chapa*.

— Todavía no, contestó la andaluza, más no puede tardar; he enviado á mi hermano Coco (3) para adver-tirle que la señora Dolores saldrá de su casa á media noche; Frazco debe venir á buscaros aquí, como asimismo ese santo hombre que Dios honra con su confianza.

Al mismo tiempo, la *Chapa* echó una mirada curiosa sobre la bella é imponente figura del religioso.

— El es, dijo el desconocido, el confidente íntimo del ilustrísimo y reverendo padre Pedro Arbues; yo le he hallado á la entrada del puente de Triana, como me lo habia anunciado su Eminencia, y no esperamos más que á Frazco para la ejecución de nuestro proyecto si la señora Dolores cumple su palabra.

— Saldrá, señor, respondió la *Chapa*, yo misma le he llevado una carta de su futuro, que su Eminencia ha hecho escribir á Perez de Saavedra (4) como por pasa-tiempo.

(1) *Chapa*. Esta palabra significa plancha de metal, brillante y so-nora; dada á una joven, quiere decir *graciosa, llena de aquel no sé qué que encanta*. Las personas vulgares solo la usan en este sentido.

(2) Frazco, Frazquito, Francisco.

(3) Coco, Joaquín.

(4) Saavedra (Juan Perez de), llamado el *falso nuncio*, fue un intri-gante muy célebre por su destreza en contraer toda clase de escritos. El fué quien, ayudado de un jesuita, estableció en Portugal la in-quisición y la Compañía de Jesús. por medio de las falsas bulas del papa y cartas supuestas de Carlos V y del príncipe Felipe, después Felipe II. Saavedra no se contentó con servir á los intereses de la inquisición, y de los jesuitas. Su habilidad en imitar los bonos reales y títulos de crédito contra el Estado y contra los particulares, le proporcionaron sumas considerables. El inquisidor Tabera hizo por fin prender á este miserable en el momento en que salía de una

— ¿Y la joven ha venido á una cita? preguntó el des-conocido, que para mayor facilidad en la narración lla-máremos Enriquez.

— Al principio se negó, dijo la *Chapa*. ¡mas la carta era tan apremiante! se trataba de la vida de su futuro, y la joven ha prometido todo lo que he querido. Ella debe ir esta noche al lugar indicado. No dudareis, dijo la her-mana de Coco, de que yo habré contribuido á su reso-lución, y que lo habré procurado por todos los medios posibles.

— ¡Dios sea loado! exclamó Enriquez, con fingida compunción; ¡tú eres una verdadera hechicera, *Chapa*! ¡y, á fé mia! su Eminencia no habria podido elegir mejor que á tí para ser instrumento de su santísima é invaria-bilísima voluntad. Bien conoces, *Chapa*, que nuestro santo inquisidor, no lleva otro fin que arrancar al demonio el alma de esa joven, impidiendo su matrimonio con don Estéban de Vargas, que dicen ser hijo de *marrano* (1) y nieto de morisco.

— ¡Oh! es cierto, dijo la *Chapa* haciendo la señal de la cruz. Su Eminencia es un santo, no mira sino por el interés del cielo. Pero no me digais que soy hechicera, añadió asustada; una palabra como esa no debe salir de boca de un familiar del santo oficio; porque por premio de mi celo en servir á la santísima inquisición, esa pa-labra pudiera muy bien hacerme figurar en el primer auto de fé que tendrá lugar para celebrar las victorias del rey don Carlos, nuestro muy amado monarca.

iglesia en Málaga, y la inquisición, que hácia quemar mill. res de personas honradas, por una palabra, se contentó condenar á ese bri-bón á diez años de galeras. Es cierto que el santo oficio se apro-vechó de los trabajos del *falso nuncio*; el tribunal inquisitorial esta-blecido por él, y lo que más es, todos los empleos y dignidades que Saavedra habia conferido, fueron confirmados por el inquisidor ge-neral.

Diez y nueve años después (en 1562) Felipe II llamó al *falso nuncio* á la corte y lo empleó. Este monstruo, que por su *propia mano* se habia hecho obispo, nuncio y *legado adalere*, murió en Madrid en 1575, con más de 400,000 ducados y muy honrado. Así fueron establecidas en Portugal la Compañía de Jesús y la inquisición, dos instituciones dignas la una de la otra, y sin embargo enemigas. sin duda porque ambas tendían al mismo objeto, la dominación. (*Historia de la in-quisición* por LORENTE). Quien sabe si, por las vastas combinaciones de ingenio, el padre Lacordaire llegará á *do'ar* á la Francia con una inquisición perfeccionada! Por de pronto la Francia posee ya los dominicos!!! en los departamentos de la Mairthe y del Bajo-Rhin.

(1) *Marrano*, llamaban en España á los moros y judíos convertidos á la religión católica.

— Vamos, tranquilízate, *Chapa*; tu eres muy buena católica y muy fiel servidora de la santa inquisición, para temerla. Nosotros no podemos dejar de tener muy pronto un gran auto de fé; no será el primero después que nuestro muy amado señor y rey don Carlos subió al trono, y te prometo el mejor sitio en el grande balcon de la plaza mayor, para ver quemar á esos perros herejes.

— ¡Bueno! ¡bueno! exclamó la joven andaluza batiendo con alegría las manos; ¡oh! señor Enriquez, dicen que habrá más de quince herejes quemados y muchísimos á quien su Eminencia hará *gracia* con tal que abjuren y quieran morir como buenos cristianos, esos serán ahorcados antes (*) de ser entregados á las llamas. ¡Oh! ¿eso estará hermoso! señor Enriquez me prometéis eso, ¿no es verdad?

— Te lo juro, respondió el familiar, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo, y con permiso del muy santo inquisidor de Sevilla. Eso será magnífico, añadió Enriquez, gozoso de ver á la gitana animarse así de celo por el santo oficio.

Mas si hubiese mirado con atención el rostro de la andaluza, babria visto sus labios cármin empalidecer imperceptiblemente, sus ojos vivos y brillantes, llenos de un terror vago, y bajo su justillo de terciopelo negro, hubiese, un poco más cerca, oído latir su corazón con golpes desiguales y precipitados.

La hermana de Coco no podía, remontando á sus abuelos, hallar muy lejos de sí el origen de una pura sangre católica para estar muy tranquila frente á frente de la inquisición, de la cual, por miedo, se habia hecho humilde servidora, y poco segura por el aire beato é hipócrita del soldado de Cristo (**) exclamó con exaltación que se esforzaba en aparentar alegre:

(*) Sucedia á veces que victimas destinadas á la hoguera, se reconocian con la iglesia, es decir, declaraban crímenes y delitos que no habian cometido y se confesaban al pié del cadalso. En este caso la inquisición sentia enternecer su extrañas maternales, y concedia á los condenados la *gracia* de ser *agarrados* antes de ser entregados á las llamas. (*Anales de la Inquisición*.)

(**) *Soldado de Cristo*. Se llamaban así los familiares del santo oficio, desde que, bajo Alejandro VI, Torquemada hizo en 1404 armar á los más jóvenes de los que le componian. Esta extraña milicia, dice Llorente (*Historia de la Inquisición*) era muy numerosa: Torquemada se habia mostrado tan cruel, habia tambien animado al espionaje y la delación, que un grande número de hombres ilustres, juzgando que era más prudente pertenecer á la inquisición que ser tarde ó temprano declarados *sospechosos*, se ofrecieron voluntariamente como

— ¡Oh! qué bueno será eso, ¡qué bueno!

En este instante observó los grandes ojos negros del padre franciscano fijos en ella. El fraile no habia perdido una palabra de su conversación, ni un solo movimiento de su fisonomia. . .

— Sírvenos vino, hija mia, dijo el familiar.

Y la pobre *Chapa*, muy feliz por escapar á las miradas penetrantes del religioso y á esa conversación, en que temblada á cada instante descubrir sus terrores, la *Chapa*, viva y ligera, fué á buscar *jarro* lleno de vino, que colocó delante de su reverencia.

Cuando Enriquez adelantaba un banco de madera para sentarse en frente del franciscano, un nuevo personaje entró en la taberna. El recién venido se acercó al familiar, dirigiéndole al fraile una mirada.

— ¿Está aquí nuestro santo comisario? preguntó con tono meloso.

— El mismo, señor Frazco, respondió Enriquez.

El religioso se levantó, y cruzó sus dos manos sobre el pecho. El recién venido hizo lo mismo; el fraile los miró luego en sentido inverso, después se inclinó hácia Frazco como para saludarle. Frazco por su parte repitió el mismo movimiento, de suerte que inclinándose, sus frentes se tocaron ligeramente. Este era el saludo distintivo de los familiares del santo oficio.

Pero Frazco no se contentó con estas señales de reconocimiento; descubrió el pecho, y, por debajo de su chaleco mostró una placa de plata que tenia la efigie de Cristo vuelto al revés. En medio del pecho de Cristo brillaba un sol, símbolo de la luz, divisa irrisoria de la inquisición, mensajera del error y anonadamiento. .

A esta última seña, el franciscano no respondió.

Frazco dirigió á Enriquez una feroz mirada de desconfianza.

Familiares del santo oficio: el ejemplo de los caballeros, unido á los privilegios que Fernando de Aragon concedió á los *familiares*, arrastró á una multitud de gentes del pueblo. Bien pronto hubo tantos familiares como personas cometidas á los cargos municipales, de que todo individuo que pertenecia á la inquisición, estaba exento. Los familiares armados constituian lo que se llamaba *milicia de Cristo*; esta milicia hacia el oficio de *guardias de corpo* al lado de los inquisidores provinciales.

La *milicia de Cristo*, fué creada en Francia por Domingo de Guzman, el año 1208, durante el reinado de Felipe II rey de Francia y del papa Inocencio III.

Enriquez encogió los hombros con una expresión de indiferencia y convencimiento.

— No es de los nuestros, murmuró Frazco.

Enriquez hizo una señal de duda.

— No es de los nuestros, te digo, repitió Frazco, y somos vendidos; ¿vendidos, lo entiendes? prosiguió estrechando con fuerza la mano de Enriquez. y su semblante siniestro expresaba una cólera feroz.

Todo esto pasaba en voz baja, pero notando sin embargo que los parroquianos de la taberna, no se hubiesen hecho cargo del movimiento de agitación que anunciaba una querrela. Todas las miradas se fijaron entonces en el religioso, que, permaneciendo tranquilo é impassible, parecía ser más bien testigo que actor de tan extraña escena.

Algunos, al aspecto del franciscano cuyo rostro impo- nentemente inspiraba respeto, se atrevieron á murmurar y amenazar á Enriquez y Frazco.

Aunque seguros de su venganza, en caso de insulto, los familiares de la inquisición, no les importaba tener una pendencia con los habitantes del barrio de Triana. Conocían muy bien que en defensa de un fraile se dejarían hacer pedazos; pero había otra cosa que imponía más al pueblo que los sacerdotes y los frailes, la inquisición.

Con una astucia infernal, Frazco se revolvió hácia los bebedores, cuyas miradas y ademanes demostraban intenciones hostiles, y les dijo:

— ¿Hermanos, sereis tan malos católicos que defendais á un enemigo de la inquisición?

A esta palabra terrible, de inquisición, habriais visto bajarse todas las cabezas, y una livida palidez hacer desaparecer la animación de los semblantes: se hubiese creído que un rayo había caído entre estos hombres nulos y turbulentos. Ni uno solo se atrevió á proferir una palabra.

Entonces el religioso, sin hacer aprecio de la cólera de Frazco, ni del estupor de los bandidos de la taberna, se levantó con gravedad, y se dirigió hácia la puerta, en medio de un silencio profundo.

— ¡Que! dijo Frazco, le dejais escapar así? ¿Uno de vosotros no irá á llamar á los esbirros del santo oficio?

— ¡Yo! ¡yo! exclamó la *Chapa* con espanto.
Al mismo tiempo se dirige hácia la puerta queriendo

huir por su celo al peligro que siempre por sí temia; pero cómo tenía que correr el cerrojo, el franciscano la dirigió una profunda y aterradora mirada, que la *Chapa*, fascinada, cruzó las manos y cayó de rodillas delante del hombre de Dios.

Por una impulsión simultánea, los bandidos tendieron sus brazos hácia él, como para implorar su socorro contra un poder oculto que no se atrevían á combatir.

Entonces, el fraile, volviéndose con aire majestuoso hácia esta asamblea muda, y recojida, la bendijo con una mirada, y saliendo á la calle, desapareció sin que ninguno, incluso el mismo Frazco, pensase en detenerle.

— No lo sé, contestó Enriquez.

— ¡Bueno, á la obra! dijo Frazco tranquilizado, no necesitamos de nadie para eso.

Y los dos *soldados de Cristo* salieron juntos de la taberna.

II.

El palacio de la Garduña.

Á la extremidad del *barrio de Triana*, existían unas antiguas ruinas del estilo morisco, cuyos escombros servían de guarida á las aves nocturnas (1).

Mendigos sin asilo, indolentes gitanos, dormían á veces entre las piedras durante esas noches templadas, que, en Andalucía, hacen todo abrigo inútil; y en los días de invierno, las viejas, agrupadas al sol, venían á buscar detrás de sus ruinas un abrigo contra el áspero cierzo.

Por las anchas proporciones de sus muros desmoronados en ciertos adornos de arquitectura, perfectamente conservados, fácilmente se podía reconocer que allí había debido existir antiguamente una vasta y suntuosa habitación; porque en medio de estos restos, una larga columnata, elegante y ligera, sostenía una bóveda sembrada de arabescos perfectamente conservados. Un muro casi intacto, aunque de una fragil construcción en apariencia, cerraba esta columnata, que había debido adornar una sala espléndida: una puerta de notable solidez defendía la entrada.

Aquí y allí, entre los escombros, crecían varios arbustos silvestres; gramas de flores rosa, tallos de alelías, caña de perfume suave, agavancos y laureles frondosísimos, cuyos chaparros espesos cubrían con su verde y vivaz sombra la desnudez de estas ruinas.

(1) Los católicos de la España hacían tan poco caso de los hermosos monumentos que los moros habían llegado á su país que á excepción de algunos más notables de que se apoderaron los frailes, todos fueron abandonados á los mendigos y malhechores.

Este lugar extraordinario servía de sala de reunión para las asambleas de los miembros de la *hermandad de la Garduña* (1), era el *palacio* del *Gran Maestro* de la *orden*.

Todos los que han leído las novelas de Cervantes se acuerdan del tipo bellísimamente grotesco de Manipodio, jefe de los rateros de Sevilla. En la época de que hablamos, es decir, más de cincuenta años antes de Cervantes, una sociedad de ladrones, protegidos por algunos miembros de la policía, existía ya en España. Esta rara institución cuyo origen remonta á principios del décimo quinto siglo, tenía entonces por jefe en Sevilla, un hombre extraño de aspecto, á la vez grave y sarcástico, de lenguaje horrorosamente pintoresco, tipo tradicional, al menos en el carácter, del que se hallaba todavía en España en 1821.

La misma noche de febrero de 1534, en que habían tenido lugar las cosas referidas en el capítulo precedente, pasaba una escena no menos curiosa y mucho más original, en el palacio del maestro de la *Garduña*.

(1) La *hermandad de la Garduña*, sociedad de la rapiña. Bajo este título existía en España desde 1417 una sociedad secreta compuesta de malhechores de toda especie. Esta sociedad, perfectamente organizada, tenía por objeto la explotación en grande de toda especie de crímenes en favor de cualquiera que tenía una venganza que ejercer, algún resentimiento que satisfacer. Se encargaba, al más justo precio y garantía, de dar de puñaladas, mortales ó no, al gusto de la *práctica*: de ahogar, dar de palos y aún asesinar. El asesinato costaba mucho, y era preciso tener cierta importancia en el mundo para obtenerle; pero, una vez prometido, se podía contar con él; porque la *hermandad* de la *Garduña* ponía una exactitud grande en servir á sus *prácticos* desde que se había encargado.

La *hermandad* de la *Garduña* se componía de un gran maestro, llamado *hermano mayor*, que habitaba en la corte, en donde ocupaba á veces un puesto eminente. Este hermano mayor daba sus órdenes á los *capataces*, maestros de provincia; estos las hacían ejecutar con una exactitud y un celo que harían honor á más de un funcionario público. El personal de la *Garduña*, muy numeroso, se componía de *guapos*, especie de *bravos*, generalmente grandes espadachines, asesinos atrevidos, bandidos consumados, cuyo valor era á prueba del *tormento* y aun de la *potencia*. En el caso de la *sociedad* estos *guapos* eran llamados *punteadores*, tiradores de golpes de punta. Después de los *punteadores* seguían los *avreadores*, los escamoteadores: eran jóvenes diestros, rateros, la mayor parte escapados de los presidios de Sevilla, Málaga ó Melilla; los llamaban *hermanos postulantés*. Seguían luego los *fuertes*, los soplonés, así llamados porque su empleo en la *sociedad* era de soplar al oído del maestro de la *orden* lo que sabían de las familias de la ciudad, en donde se introducían gracias á su exterior hipócrita. Los *fuertes* eran todos viejos, de un aspecto beato, que se veían siempre en la iglesia y con un rosario en la mano, salvo las horas de *servicio* al lado del maestro de la *Garduña* ó del inquisidor; porque la mayor parte de estos viejos unían el empleo de *familiares* del santo oficio con el de espía de la *Garduña*. La

Eran cerca de las diez, la puerta pesada y maciza del *palacio de la Garduña*, rodando sobre sus goznes, dió paso á una treintena de individuos de ambos sexos y de todas edades. Entraron silenciosamente y en orden, observando escrupulosamente los derechos de rango y jerarquía.

En medio de la sala, bastante bien iluminada con antorchas de resina colocadas en armellas fijas en las columnas, estaba el *maestre de la orden*.

Era un hombre de grande estatura, fuerte y huesoso; su rostro aceitunado, surcado con algunas cicatrices, ofrecia una singular mezcla de astucia, audacia, sangre fria, y á veces, cuando se dignaba sonreír, de sarcasmo y de ironía. Su voz varonil y grave tenia un acento enérgico, y cuando mandaba, la fuerza de su voluntad imprimía á su acción el sello de la dominación. Llevaba una camisa de lienzo grueso y una chaqueta parda, echada sobre los hombros á guisa de capa; *zaragüelles*, especie de calzoncillos de tela, cubrían sus muslos hasta más arriba de la rodilla. Sus piernas, desnudas y ner-

Garduña tenia tambien un gran número de encubridoras que llamaban *coberteras*, y un número bastante grande de jóvenes de diez á quince años que designaban con el nombre de *chivatos*. Los *chivatos* eran los novicios de la orden. Era necesario ser *chivato* á lo menos un año para merecer el *honor* de trabajar en calidad de postulante. Un postule que habia cumplido á satisfacción de la sociedad, era declarado *guapo* al cabo de dos años de servicio. Esta era después de la de *maestre* y *gran maestre*, la más alta dignidad que conferia la sociedad. Además de las personas que acabamos de designar, la Garduña contaba un grande número de *serenas*, sirenas. Estas eran jóvenes hermosas, en su mayor parte gitanas. Las *serenas* eran las *odalisecas* de los doctores de la orden. Eran las que atraían á las personas que les indicaban á los lugares propicios para las operaciones de la Garduña. Añadiese á esto el personal, alguaciles, escribanos, procuradores, frailes, canónigos y aun obispos é inquisidores, que eran otros tantos instrumentos ó protectores de la Garduña, de la cual necesitaban á veces, ó que les daba dinero, y se tendrá una idea de esta sociedad que ha assolado la España por más de cuatro siglos.

La Garduña, establecida á principios del décimo quinto siglo, fue enteramente destruida en 1821 por los cazadores de montaña bajo mis órdenes. Los papeles de esta extraña y horrible sociedad, que consistían en muchos registros, conteniendo las *órdenes del día*, los estatutos de la hermandad, y muchas chartas, fueron entregados por mí en la escribanía del crimen de Sevilla, el 15 de setiembre de 1821; en ella estaban todavía en 1823. Francisco Cortina, *maestre* en 1821 de esta sociedad, preso con unos veinte de sus cómplices, fue ahorcado en la plaza de Sevilla, así como unos diez y seis de sus cómplices, el 25 de noviembre de 1822. Yo daré en su tiempo y lugar una traducción casi testual de los estatutos de la Garduña.

En este capítulo, don Manuel Cuendias, autor de las notas de esta obra, copia casi palabra por palabra, el orden del día del 15 de febrero de 1534.

viosas, estaban cubiertas de vello, y los piés anchos, aplastados y llenos de arrugas, indicio de una vieja estracción, y de una imponderable fuerza física, estaban calzados de *alpargatas*, atadas al rededor de los tobillos con una multitud de cordones.

Este hombre se llamaba *Mandamiento*.

Los diversos personajes que acababan de entrar en la sala hicieron círculo alrededor del *maestre de la Garduña y floreo* (1).

A su lado y por orden de mérito, se colocaron el uno á la derecha, el otro á la izquierda, dos *guapos* en la fuerza de su edad. El primero se llamaba *Manofina* á causa de su destreza sin igual en dar puñaladas al pasajero sin que su víctima viese de donde venía el golpe, y de su talento, prodigioso espadachin y tirador de pistola.

El otro se llamaba *Cuerpo de hierro*. Habia sufrido tres veces el tormento sin confesar sus crímenes, sin denunciar á nadie, y sin que su cuerpo pareciese haberlo sentido.

Seguian luego dos viejos llamados *fuelles*, soplones, nombre que la sociedad daba á todos sus miembros que, por su aspecto beato, le servian de espías y se introducian en todas partes en que habia un robo que hacer.

Después las viejas, mujeres útiles, llamadas *coberteras*; luego algunos *chivatos*, con diversos trajes; y por último muchas jóvenes denominadas *serenas*: estos eran los doctores de la orden. Estas tenían la misión de enternecer con sus encantos á los jueces, procuradores y aun escribanos, de quienes á veces dependía la vida de los hermanos de la Garduña. En otras ocasiones también sus sedicciones no fueron infructuosas para algun voluptuoso canónigo, algun prior lascivo, cuya influencia era entonces sin límites en lo temporal y espiritual.

Fuera del círculo y algo separado estaba modestamente un joven objeto principal de esta reunión; se llamaba *Garabato* (2).

El señor *Mandamiento* dirigió á la asamblea una profunda mirada, hizo devotamente la señal de la cruz y

(1) *Floreo*, en el caló de los ladrones españoles, *florear* es dar puñaladas.

(2) *Garabato*; se da este nombre á los jóvenes de clase baja cuya descuidada educación ha llenado la España de rateros; así como á todas las personas que se entregan á la estafa bajo cualquier forma que sea.

murmuró una oración, volviéndose hacia una imagen de la Virgen pegada en la pared.

Todos los concurrentes le imitaron.

Luego, *Mandamiento* habló en estos términos:

— Nobles y valientes caballeros del *puñal*, fieles *fuelles*, útiles *coberteras*, seductoras *serenas*, *chivatos* ligeros y demás miembros de esta honrada hermandad, salud! que Dios nuestro señor y Santa Madre, os concedan su divina protección, y os libren de los *corchetes* (1), *penecas* (2), *potros* (3), *ansias* (4), y *vómitos* (5), á veces mortales para vosotros, y siempre peligrosos para vuestros hermanos.

« Os he reunido hoy aquí para consultaros sobre un hecho que interesa a nuestros derechos y podría comprometer nuestra sociedad.

« Todos lo sabeis, hijos míos, desde que por la gracia de Dios, trabajais bajo mi dirección, no hemos tenido que deplorar más que una docena de *volteos* (6), unos cuarenta *paseos asnales* (7) y algunos empeños en la *marina real* (8).

« Sevilla abastecía seis veces tanto cada año á los *sofocamientos del humo*, ántes que me hubieseis nombrado jefe de vuestra hermandad. Apenas setenta y cinco *ganchos* (9), de los cuales á lo menos la mitad, han caído este año en la boca del *lobo* (10) y como unos treinta de nuestros hermanos que estan en este momento entre sus dientes, me atrevo á decir que habrá apenas tres *angustiados* (11), cinco ó seis *marineros* (12) y una docena de

(1) *Corchetes*, alguaciles.
(2) *Penecas*; la penca era una especie de disciplina de cuero de que se servia el verdugo, para azotar á los condenados á esta pena.
(3) *Potro*, se llamaba así el caballete, potro triangular, sobre el cual ponian á los acusados que no querian confesar. El potro, que era uno de los instrumentos de tortura de que se servia la inquisición, era empleado también por la justicia ordinaria en la aplicación del tormento.
(4) *Ansias*, la pena, las angustias que preceden á la estrangulación.
(5) *Vómitos*: en el caló de los *Garduñas* significa confesión.
(6) *Volteos*, los balanceos de los ahorcados.
(7) *Paseo asnales*. Las personas condenadas á la vergüenza las paseaban en un asno toda la ciudad, con el cuerpo desnudo hasta la cintura.
(8) *Marina real*, las galeras en que los condenados iban á remar por muchos años.
(9) *Ganchos*, ladrones.
(10) *Boca de lobo*, la carcel.
(11) *Angustiados*, ahorcados.
(12) *Marineros*, condenados á galeras.

chevanches (1). Yo creo que tendremos tambien dos ó tres *mosqueteados* (2) y otras tantas hermanas puestas en dulce (3) mas no hemos podido impedirlo. Cuando tengamos bastante dinero para hacer decir misas y pagar los alguaciles, nuestros asuntos irán de otra manera. Tal es hoy el estado floreciente de *Garduña*.

« Si os he recordado mis débiles servicios, prosiguió *Mandamiento* con una fingida modestia, no es para hacer ostentación del corto talento que Dios nuestro Señor, del cual no soy más que el más humilde instrumento, se ha dignado darme, sino para haceros comprender cuan importante es que la unión más estrecha, que la más perfecta armonía reine entre nosotros, á fin de que podamos ejercer con todo el éxito posible, nuestra útil profesión, y merecer la estimación de las damas y caballeros que nos hacen el honor de ocuparnos. Paso al objeto de esta reunión.

Al mismo tiempo, el maestro dirigió una mirada escudriñadora al rededor suyo, y habiendo visto á *Garabato*, que estaba humildemente apoyado en una columna, le hizo seña para que se acercase.

Garabato obedeció al instante.

El círculo viviente que le separaba del maestro se abrió para darle paso. El joven se adelantó, y á pocos pasos se halló al lado del señor *Mandamiento*.

(1) *Chevanches*, sacados á la vergüenza.
(2) *Mosqueteados*, azotados.
(3) *Puestas en dulce*. Las mujeres de mala vida, sobre todo las personas que hacian un horrible comercio de corromper la juventud, eran castigadas de una manera singular en España. No hace todavía mucho tiempo que, desde que una mujer era convencida de ser prostituta, ó haber arrastrado á otra á serlo, la condenaban á ser emplumada. La ejecución se hacía de esta manera: á las once de la mañana el verdugo iba junto á la condenada, y ayudado de sus criados, la desnudaban enteramente de la cintura para arriba. Luego untaba el cuerpo con una espesa capa de miel. Hecho esto, la ponía una coraza ó gorro de carton rematado en punta. Así disfrazada, la paciente era puesta en un asno, se la ataba el cuello á una especie de argolla fija á una barra de hierro cuyo extremo inferior se apoyaba sobre la albarda, despues la paseaban muy despacio por medio de dos filas de soldados y alguaciles y seguida de una multitud del pueblo. Detrás de la paciente iban dos criados del verdugo, llevando una gran canasta de plumas de gallina. La cabalgata hacía alto en las principales calles y plazas de la población, y á cada alto, el pregonero leía en alta voz la sentencia que condenaba á la paciente á ser emplumada, diciendo porque; el pregonero acababa siempre con esta fórmula: *quien tal hizo que tal pague*.
Pronunciadas estas palabras el verdugo tomaba dos puñados de plumas y las arrojaba sobre la miel de que el cuerpo estaba lleno; las plumas quedaban pegadas, lo que al cabo de algun tiempo, le daba un aspecto á la vez horrible y grosero que hacía reír á la multitud. En caló esto se llama estar puestas en dulce, confitadas.

El maestro de la Garduña tomó al joven de la mano, y mostrándole á la asamblea, continuó así su discurso:

— Hermanos, los señores *Manofina* y *Cuerpo de hierro* han sorprendido á este joven, bajo el peristilo de la catedral, *eclipsando* (1) un pañuelo del bolsillo de un señor, después una bolsa bastante bien guarnecida al sacristan de un convento de monjas. A decir verdad, ha puesto en esto una grande habilidad; pero no es menos cierto que, no perteneciendo á nuestra cofradia, ha violado los estatutos de nuestra orden *eclipsando* sin tener autoridad para ello, y además, atacando los bienes de la iglesia.

« Los señores *Manofina* y *Cuerpo de hierro*, considerando las buenas disposiciones y talento precoz de este joven, talento, que dicen, llegará á dar honor á la Garduña, Dios y nuestras buenas lecciones ayudándole, *Manofina* y *Cuerpo de hierro* han querido mejor traerle aquí, que echarle en la *humeada* (2) que habria acaso sofocado tan felices disposiciones. Sin embargo este joven ha violado nuestros estatutos y ha merecido un *soplo* (3).

« ¿Qué resolveis, señores? dijo *Mandamiento*, dirigiendo una mirada á la asamblea.

— El maestro tiene razón, murmuraron los bandidos; este joven ha merecido un *soplo*.

Manofina y *Cuerpo de hierro* hicieron oír un ruido sordo, expresión de murmuración y descontento.

— ¡Canalla maldita! dijo entredientes *Manofina*, en esto como en el rosario (4) esta turba contesta siempre *amen*.

(1) Robando.

(2) Entregarle á la justicia.

(3) *Soplo*, ser denunciado.

(4) El *guapo* hacia alusión á cierta cofradia que todavia en 1820 recorrian las calles de las ciudades de España pidiendo para hacer novenas á Nuestra Señora del Rosario, ó á cualquiera otra, limosnas que gastaban muy *santamente* en buenas cenas, después de haber separado los *gastos*. Estos gastos consistian en una docena de velas de cera que paseaban en otros tantos faroles colocados en la punta de un palo, y en pagar al encargado de llevar el estandarte de la efigie de la Virgen. El número de estas cofradias ascendia á setenta y nueve solo en Madrid en 1820. En esta época apenas se podia pasear por las calles de las grandes ciudades de España por la noche sin hallar muchos rosarios, es decir muchas cuadrillas de hipócritas é imbéciles colocados en dos alas, recitando el rosario en alta voz y tono más que distraído, sin otra interrupción que la voz de los demandantes que gritaban á cada conclusión del Ave María: *Maria Santísima del Rosario*, hermanos! Y las monedas caian envueltas en un papel encendido para que el demandadero pudiese verlas.

— ¡Unas tan buenas uñas! añadió *Cuerpo de hierro*.

— ¡Un soplo! ¡un soplo! repitieron algunas *coberteras*, mostrando con una sonrisa de hierro, dos ó tres dientes largos y vacilantes, que pendian sobre su labio inferior como colmillos de javalí.

Mandamiento permanecia impassible; pero nada se le escapaba de lo que pasaba á su lado. Dejó calmar este murmullo; luego dirigiéndose de nuevo á la asamblea.

— ¿Cual es vuestra opinión, señores? dijo con una voz que se parecia más al acento del mando que al de la deferencia. Todo el mundo calló; y estas fisonomías estúpidas no expresaron más que la pasiva é instructiva obediencia que los seres vulgares tienen siempre á los hombres de ingenio.

Solo los dos *guapos* echaron sobre el jefe una mirada oblicua, en señal de descontento y ódio.

El maestro hizo que no los veia, y volviéndose nuevamente á la asamblea:

— Señores, dijo, mi opinión es, en consideración al ingenio precoz de este joven, y tambien á que nuestros muy caros hermanos los señores *Manofina* y *Cuerpo de hierro* le protejen, mi opinión, digo, es que recibamos á este joven en calidad de hermano postulante (1), con dispensa del año de noviciado, y que para mejor animarle, le concedamos todos los privilegios á que tienen derecho nuestros aprendices que se han distinguido durante el año de pruebas, con tal que él pague todos los derechos que los demas hermanos pagan á la hermandad, y que dé el dinero á Dios. En una palabra, yo le tomo bajo mi protección. Y ahora, añadió el gran maestro con voz soñora, si alguno de vosotros tiene observaciones que hacer, hable.

Todo el mundo calló: algunas *serenas* miraron con placer al joven *Garabato*, que era muy hermoso muchacho.

— ¡Ganado estúpido! murmuraron los *guapos*.

— Esta bien, señores, prosiguió *Mandamiento*, vuestra voluntad está de acuerdo con la mia; os doy gracias.

(1) Los hermanos de la Garduña pasaban por tres grados como los *francmasones*; primero eran *chivatos*, aprendices ó novicios; luego *postulantes* ó compañeros; después eran recibidos *guapos*, maestros. Solo después de haber obtenido este último grado podian ser encargados de las muertes y asesinatos que se *mandaban* á la hermandad.

Entonces adelantándose hacia *Garabato*, le tomó de nuevo por la mano, le presentó individualmente á todos los prosistentes que le dieron el abrazo fraternal. El gran maestre le hizo tambien el mismo honor, luego le dió la palabra de pase, y le entregó un pergamino en el cual estaban escritos los cargos y privilegios de los hermanos de la Garduña (1).

Terminada la cerimonia *Garabato* fue á mezclarse entre sus nuevos compañeros de muertes y rapiña.

Luego el maestre, sacando de su bolsillo un mal papel cubierto de garabatos:

— Hermanos, dijo esto es la orden del día:

(1) La Garduña no era una sociedad irregular. He aquí los estatutos que la regían:

Art. 10. Todo hombre honrado, que tenga buen ojo, buen oído, buenas piernas y ninguna lengua, puede ser miembro de la Garduña. Podrán serlo tambien las personas *respectables*, de cierta edad, que deseen servir á la cofradia, sea teniéndola al corriente de las buenas operaciones que puedan hacerse, ó dando los medios de ejecutar dichas operaciones.

Art. 20. La cofradia recibirá tambien bajo su *protección* á toda *matrona* que haya *sufrido por la justicia*, y que quiera encargarse de la conservación y venta de los diversos objetos que la divina Providencia se digna enviar á la cofradia, como asimismo á las jóvenes que sean presentadas por cualquiera hermano. Estas ultimas con condición de servir, con *toda su alma*, á los intereses de la cofradia.

Art. 30. Los miembros de la cofradia se dividiran en *chivatos*, *postulantes*, *guapos* y *suelles*. Las matronas se llamarán *coberteras* y las jóvenes *serenas*; estas deben ser jóvenes, listas, fieles y amables.

Art. 40. Los *chivatos*, en tanto que no hayan aprendido á *trabajar*, no podran emprender nada *solos* y no se servirán jamas de *punzante* (puñal) sino para su propia defensa. Serán mantenidos, albergados y vestidos á cuenta de la cofradia. Cada uno de ellos recibirá, para estos fines, de los *capataces*, 136 maravedes (una peseta) diarios. En caso de algun servicio señalado hecho por un *chivato*, éste pasará inmediatamente á la honrosa categoría de *postulante*.

Art. 50. Los *postulantes* viviran de sus *unas*; estos hermanos estaran exclusivamente encargados de los eclipses operados con mano lista por cuenta y en favor de la orden. De cada eclipse, el hermano operante recibirá el tercio, de lo cual daran algo para las ánimas del purgatorio. De los otros dos tercios, uno entrará en caja para subvenir á los gastos de *justicia* (para pagar los alguaciles, escribanos y aun jueces que protejen á los hermanos), y para hacer decir misas en descanso del alma de nuestros hermanos pasados; el otro para estar á disposición del gran maestre de la orden, obligado á vivir en la corte (*) para vigilar por el bien y prosperidad de todos.

Art. 60. Los *guapos* tendran por suyos los *osurecimientos*, los *entierros*, los *viajes*, los *banos* y los *bautismos* (véanse estas palabras). De estas dos últimas operaciones, podran encargar á un hermano postulante bajo su responsabilidad. Los *guapos* tendran el tercio del producto de todas operaciones, solo daran el 80 por 100 de su *reventa*, para alimentar y sostener á los *chivatos* y lo que quieran para las ánimas del purgatorio; el resto de sus operaciones será distribuido como queda dicho en el artículo 10.

Art. 70. Las *coberteras* recibiran el 10 por 100 de todas las *sumas* que ellas realicen, y las *serenas* seis maravedises por cada peseta

« Tres bautismos (1) hay que aplicar tan pronto como sea posible; uno al hermoso joven de bigotes negros, que pasa todas las noches, á las siete, por el puente de Triana. Es señor de buena estatura y buena cara; lleva capa encarnada. Este bautismo será pagado con cinquenta reales, más quinientos maravedises, si puede ser aplicado al rostro, de modo que quede bien marcado el individuo. La persona que paga es una dama muy bella y todavía bastante joven: á usted, señor *Garabato*, me recomiendo á vuestra galanteria con el bello sexo, porque sois al que encargo esta hazaña.

« Ahí teneis treinta y siete reales y medio que os tocan, sin contar los quinientos maravedises de gratificación que la dama dará si podeis lograr hacer en la bara del bautizado un chirlo perpétuo, cosa fácil, y para lo cual hastará frotar la llaga que hagais con un poco de hollin desleido en vinagre.

Al mismo tiempo, *Mandamiento* entregó á *Garabato* una redoma llena de un licor negro.

— El segundo bautismo, continuó el maestre, pagado solo con cuarenta reales, debe ser administrado á su paternidad el prior del convento de los frailes de la Merced: ha quitado una penitenta á su beatitud el padre provincial. Su beatitud es quien paga; dará cuatro doblones de gratificación si se consigue sacarle un ojo al prior, porque la penitenta en cuestión nada le gusta tanto como los buenos ojos.

« Creo que para asegurar la ganancia de los cuatro doblones, debo encargar este bautismo al señor *Manofina* y á su querida *Culebrina*, cuya destreza sabrá atraer al lugar conveniente al reverendo prior de los frailes de la

entregada en la caja de la cofradia por los guapos. Todos los regalos que reciben de los señores nobles, les pertenecen en propiedad.

Art. 80. El *capataz* ó jefe de la provincia, será nombrado de entre los guapos que tengan á lo menos seis años de servicio y que hayan merecido bien de la hermandad.

Art. 90. Todos los hermanos deben morir antes *mártires* que *confesores*, bajo pena de ser degradados, excluidos de la cofradia y caso de necesidad perseguidos por ella.

Hecho en Toledo, el año de gracia 1420, y el tercero después de la institución de nuestra honrada cofradia. *Firmado*, el COLMILLUDO.

(*) En 1534, el gran maestre de la Garduña se mantenía en Toledo. Más tarde, en el reinado de Felipe III, fue cuando se estableció en Madrid, en donde llegó á ser secretario del monarca, bajo el nombre de don Rodrigo Calderon, gracias á la debilidad del duque de Lerma y á la poderosa protección del jesuita Francisco Luis de Altaga, con- fesor del rey é inquisidor general de España desde 1618 á 1621.

(1) *Bautismo*, puñalada.

Misterios de la inquisición.

Merced. Aquí estan treinta reales, añadió, y no olvidéis á la Virgen Santísima (1). Los cuatro doblones pertenecen á la serena.

— ¡Sí! ¡sí! me encargo de ello, exclamó la serena que el maestro había designado con el nombre de *Culebrina*. Yo me encargo, señor *Mandamiento*.

— ¡Silencio! mirosa, interrumpió el maestro retorciendo el bigote: conocemos tu destreza y tu decisión. Que alhaja teneis en ella, hijo mio, continuó volviéndose al *guapo*; conservadla y no la pegueis demasiado.

— Sí, verdadero tesoro conservado para otros, murmuró el bandido con una expresión de brutales celos.

— Vamos, vamos, dijo el maestro, tened más decisión por la causa comun, señor *Manolina*.

El garduño calló, pero echó sobre la serena algunas miradas de desconfianza y cólera.

La *Culebrina* se acercó á él, y pasando su brazo por entre el suyo se puso tiernamente á mirarle á la cara con sus grandes y brillantes ojos.

— ¿Vamos, *Manolina*, dijo, no te incomodes ahora; no sabes que yo no amo más que á tí?

El rostro del *guapo* se tranquilizó; sufría esa fascinación de los sentidos tan poderosa sobre la material humanidad.

— ¿Sí, dijo en voz baja, tu me amas, no es cierto? ¿mas el prior?

— ¡Y bien! el prior te lo traeré, y ahí está todo. Con el prometer no es tener. Sabes bien que soy tuya solamente.

El *guapo* la miró con una mezcla de alegre confianza y de duda cruel. Y, cosa extraña, la serena no mentía. Por una excepción muy rara, esta mujer, dedicada por oficio á toda desvergüenza posible, se servía de su maravillosa hermosura para atraer las víctimas á los lazos de la Garduña; pero jamás su corazón ni su cuerpo habían sido cómplices de este manejo obligado; había constantemente permanecido fiel al *guapo* feroz que había elegido por amante.

Mandamiento prosiguió:

— El tercer bautismo pagado en seis doblones; es un

(1) Al recibir su salario, cada garduño tenía costumbre de echar algunos maravedises en un cepillo, colgado bajo una imagen de la Virgen en la sala de la Garduña.

canónigo quien paga, la suma indica bastante. Este bautismo debe ser dado mañana á un cofrade del mandatarario antes de las seis de la tarde, á fin de que el bautizado no pueda visitar á los miembros del capítulo y solicitar sus votos para la elección de dean, lo que da más seguridad á su rival. Si al cabo de algunos días este bautismo se pudiese hacer entierro, el canónigo doblaría la suma. Bien entendido que es preciso obrar con destreza y no oscurecer (1) de pronto al hombre. Tal es el deseo del mandatarario, y quien paga bien, tiene derecho á ser bien servido. Además, si este canónigo llegase á ser elegido dean, la cofradía de la Garduña podría con seguridad contar con su protección: su señoría me lo ha ofrecido formalmente. A vos os toca, señor *Cuerpo de hierro*. Servíos de un puñal fino, y mejor de una hoja triangular ó de punzón, á menos que no tengais una buena aguja de albardas: es el mejor instrumento para hacer una herida que dure diez ó doce días y no sangre. Ahí teneis el dinero; marchad y sed exactos.

« Seis baños (2) que dar, continuó el maestro; y distribuyó este trabajo fácil á seis compañeros vulgares.

« Además, tres viajes (3), de los cuales uno en la carretera de Jaen, mañana á las nueve; es hora en que debe pasar la galera, que lleva ochenta mil reales para el nuncio de su Santidad, producto de la venta de las bulas y de las indulgencias en el reino de Sevilla; el otro en el camino de Sanlúcar, á media noche tambien cuando pase la galera; lleva ciento veinte mil reales que pertenecen á un banquero judío, y van destinados á un banquero moro de Sevilla. Nosotros debemos sacar ese dinero á los enemigos de Dios, para que no puedan servirse de él en detrimento de nuestra santa religión.

El tercer viaje tendrá lugar en el camino de Granada, en la unión de la carretera de Jerez. Tres caballeros deben pasar, llevando el bolsillo bien lleno y ropa nueva. Porque sabeis que muchos de nuestros hermanos estan muy mal vestidos.

Estas tres expediciones han sido confiadas á tres hermanos de confianza y maestros.

— En fin, dijo *Mandamiento*, y esto es una cosa grave,

(1) Oscurecer, asesinar.

(2) Baños, ahogar.

(3) Viajes, robos en el camino.

un *oscurecimiento* (1) en la persona del joven don Estévan de Vargas. El sale todas las noches, á las doce, de casa de su excelencia el gobernador de Sevilla. Es, dicen, el futuro de su hija, linda joven de diez y siete años, á quien este oscurecimiento va, indudablemente, á costar muchas lágrimas; pero eso no nos importa. Esta operación nos será pagada con cincuenta doblones anticipados, más una suma igual después que este hecho y la protección del muy santo inquisidor de Sevilla, que la cosa interesa sin duda, pues que nos ha hecho ofrecer su protección, moneda de que no es muy pródigo.

— ¡Y quien nos garantiza esas bellas promesas? interrumpió *Manofina*, á quien las vivas ojeadas y las caricias de la *serena* habían singularmente enternecido en favor de los dos amantes.

— La persona que me las ha hecho y firmado me es perfectamente conocida, respondió el maestro; y si faltase á ellas, esas promesas escritas serían presentadas por mí en la gran chimenea de Sevilla (*). Ya veis, hijo mio, que me he asegurado.

Al mismo instante un *chivato*, que hacía de vigilante á poca distancia de las minas, entró corriendo todo aterrado.

— ¡Maestre! ¡maestre! dijo, un *corchete* se dirige hácia esta casa.

Los guardaños alarmados, echaron mano á sus puñales. El maestro no se turbó; se volvió á sus compañeros.

— ¡De rodillas! hijos, exclamó: y mirando á la imagen de la Virgen se puso á rezar devotamente el rosario, al cual respondían en coro las voces de los asistentes.

Algunos minutos después, el alguacil entreabrió la puerta é introdujo la cabeza á lo interior de la sala. *Mandamiento*, sin suspender su oración, volvió lentamente la cabeza hácia él, y en medio de un *Ave Maria*, exclamó con alegría:

— ¡Ah! es Coco, nuestro fiel hermano.

Una señal de la cruz general puso fin á la oración comenzada; todo el mundo se levantó. El *capataz*, llevando con prontitud al *corchete* á un rincón de la sala:

— ¿Que te trae, dijo, hermano Coco? ¿sabes alguna cosa en que peligre nuestra santa cofradía?

(1) *Oscurecimiento*, asesinato
(*) Sala del crimen.

— No, respondió el alguacil, sabes que tengo buen cuidado, y que mi doble misión de alguacil y de familiar del santo oficio me pone en posición de salvaros de muchos lazos.

— Es cierto; eres un amigo, un hermano fiel.

— ¡Pues bien! prosiguió Coco, estás en el caso de hacerme un favor, maestro.

— Habla hermano; ¿de qué se trata?

— Se trata por de pronto, continuó el *corchete*, de devolver á un pariente mio, sacristan de las carmelitas, un bolsillo que le ha sido robado esta mañana.

— Te se dará ese bolsillo, hermano, podemos devolverte al momento. ¿Después?

— Después hay una cosa más seria, dijo el alguacil bajando la voz; se trata nada menos que de oscurecer dos ó tres familiares de la santa inquisición.

— ¡Hermano! dijo *Mandamiento* espantado, abusas de tu posición, pides cosas imposibles.

— Imposible ó no, es preciso que se haga, respondió Coco con tono firme.

— Pero, hermano mio, ignoras que el santo inquisidor de Sevilla es nuestro mejor práctico (1).

— No importa, es preciso servirme, ó desde esta noche no soy de los vuestros, dijo resueltamente el alguacil.

— ¡Y bien! ¿que es necesario hacer? preguntó el *capataz*, vencido por esta amenaza.

— Hay que darme ahora, dos ó tres *guapos* experimentados, y una media docena de *chivatos* para conducirles adonde bien me parezca y hacerles *oscurecer* á quien yo quiera, en fin que obedezcan mis órdenes como las vuestras.

— Eres muy exigente, Coco.

— El apóstol lo quiere, replicó secamente el alguacil. Apresúrate pues, *Mandamiento*; despáchate, no tengo tiempo que perder.

— Pues el apóstol lo quiere, es preciso obedecer, dijo suspirando el maestro; su voluntad debe ser como la de Dios; porque ha resuscitado á *Manofina* y libertado á

(1) *Mandamiento* tenía razón. Entre los papeles cojidos, cuando el arresto de Francisco Cortina, y la destrucción de la Guardaña en 1821, se encontró un registro en el cual las *peticiones* que divers s miembros de la inquisición habían hecho á la cofradía en el espacio de 137 años, ascendía á 1936, y había producido 747,931 reales ó lo que es lo mismo 4352 rs. de cada una.

Cuerpo de hierro de la boca del lobo: él es quien nos cura de nuestras enfermedades. Hagase como quieras, Coco; toma mis dos mejores *guapos*, y que te obedezcan como á mí.

Al mismo tiempo, el maestro hizo seña á *Cuerpo de hierro*, le habló algunas palabras en voz baja, luego llamando á *Manofina*, les mandó acompañar al *corchete*.

— Me olvidaba decirte, añadió dirigiéndose á *Manofina*, no dejes de *oscurecer* al joven Estévan Vargas; esa operación te pondrá en favor con el inquisidor, caso que salga mal la que va á encargarte el hermano Coco. Adios, señores, valor.

Los dos *guapos* eligieron cada uno por su parte tres *chivatos* listos y robustos.

— Marchad, dijo el maestro, haciendo una señal con la mano, ¡y la Virgen os guarde!

El alguacil se puso á la cabeza, y á favor de las tinieblas, la partida salió, sin ruido, de la cueva de la Garduña.

III.

Dolores.

Mientras que en el *palacio* de la Garduña pasaba esta escena, á la vez horrible y ridícula, un incidente de otro género tenia lugar en casa del gobernador de Sevilla.

Era una de esas vastas y cómodas casas de Andalucía, iluminadas solo por las puertas vidrieras y ventanas que daban á un grande patio lleno de flores.

En el piso superior de esta casa, que por lo comun servia de habitación de invierno, al lado de un salon en que se reunía la familia, habia un cuartito amueblado á manera de la celda de una monja. Un pequeño lecho blanco y duro cubierto con un sencillo mosquetero de batista, dos sillas de madera negras con relieves, un reclinatorio por el mismo estilo, sobre el cual estaba un grande crucifijo de mármil, y por ultimo en un nicho practicado en la pared una Virgen pequeña de mármol blanco, efigie preciosa debida al cincel de un célebre escultor, ante la cual ardia incesantemente una lámpara de plata sobredorada llena del aceite de olivo más puro.

Este cuarto era el de la hija del gobernador.

Esta joven, que apenas contaba diez y siete años de edad, estaba muy lejos de parecerse á las otras mujeres de Andalucía. De una belleza dulce y noble, de un caracter firme y elevado, Dolores no habia perdido sus primeros años en esa ociosidad mística que exalta inmoderadamente la imaginación y los sentidos de las españolas.

Habia tenido por maestro un hermano de su madre, hombre sabio y grave, que habiendo viajado mucho

tiempo por Francia y Alemania, se había complacido en cultivar, en adornar esta brillante inteligencia, en fertilizarla con filosofía. No había sembrado en una tierra ingrata; Dolores hubiera sido aún en nuestros días una mujer notabilísima.

Ardiente de corazón y de alma, dotada de un juicio exquisito, de una recta razón, de una voluntad enérgica, tenía la fe pura é ilustrada de los padres de la iglesia: su indulgente caridad rechazaba todos los errores, todas las crueldades del fanatismo. Ella era piadosa como lo fuera Isabel la Católica, esa gran reina cuyo dulce y tierna piedad luchó tan largo tiempo, y con tanto terror, contra el establecimiento de la inquisición y siempre contra sus obras⁽¹⁾. La hija del gobernador seguía el espíritu y la moral del Evangelio, cosa peligrosa entonces, que para vivir en seguridad era preciso ser, no discípulo de Cristo, sino hechura de la inquisición.

No obstante, á pesar de su filosofía tan avanzada para su edad y sobre todo para la época en que vivía Dolores fiel á las prácticas exteriores, Dolores, hija de buenos padres católicos, no había atraído sobre sí las miradas del temible tribunal.

Este día, Pedro Arbues había pasado la noche en el salón del gobernador.

A eso de las diez, la joven inquieta y agitada acababa de retirarse á su cuarto; cerró simplemente la puerta con el picaporte, como acostumbraba hacerlo, no teniendo nada que temer en la casa de su padre, en que era adorada de sus criados. Desprendiendo entonces sus cabellos, les dejó caer sobre sus blancas espaldas: y arrodillándose en su reclinatorio, se puso á rezar con fervor.

— Es suya, dijo, es suya esta carta. ¡Pobre Estévan! ¡no me había equivocado! la inquisición le aborrece, y

(1) Isabel de Castilla, mujer de Fernando de Aragón, siempre tuvo horror á las crueldades del santo oficio, y se opuso durante mucho tiempo al establecimiento de la inquisición moderna en Castilla. Terquemada, confesor de Fernando, hombre tan astuto como fanático, bajo pretexto de servir á la avarienta política del rey, obligó más bien que no obtuvo el consentimiento de la piadosa Isabel, aunque, en su calidad de inquisidor general, quisiese imperar sobre la autoridad real. La noble reina respondió un día á una nueva exigencia del inquisidor, que osó acompañar de amenazas: «Padre, no os olvidéis de que una orden real ha establecido la inquisición y que una orden puede destruirla.» (*Crónica de los reyes católicos, don Fernando de Aragón y dona Isabel de Castilla por Louis PONCE DE LEON, cronista de Castilla.*)

teme comprometerme viniendo á mi casa. Ese viaje que me ha dicho ser indispensable, no era más que un pretexto para alejarse de aquí por algunos días: y sin embargo no puede vivir sin verme; me pide vaya junto á la Giralda, á donde me espera; moriré sino lo hago...

« ¡Oh! si morirá sin mí, y yo moriré también sin él, añadió enjugando una lágrima; nuestro amor no es de los que la ausencia puede extinguir.

« ¡Dios mío! prosiguió, ¡en que tiempo tan desgraciado vivimos, en que es preciso ocultar los más dulces sentimientos de la naturaleza! ¡Leyes divinas de Cristo, adonde estais! Siglo de los apóstoles, en que dos esposos cristianos se amaban libremente en Dios, vivían el uno para el otro y morían juntos, ¿eres tñ el que ha producido este siglo de hierro en el cual ni aún se puede amar á Dios á su manera? ¡en que los sacerdotes no son ya los que nos consuelan, sino nuestros verdugos? ¡en que el árbol de la vida es un árbol muerto, que extiende sus ramas fúnebres sobre el mundo!

« ¡O Estévan! ¡adonde huir contigo sobre una tierra amiga en que esta lepra no haya todavía penetrado!

Y en un acceso de desesperación insensata, la desgraciada joven se comprimió las manos, se lanzó hacia el Cristo que estaba su reclinatorio; oprimiéndolo con fuerza contra su pecho, le dice con voz trémula:

— ¡Tu que tanto has sufrido, Dios mío, enseñame á sufrir!

En el mismo tiempo, por una reacción repentina, sollozos desgarradores se llegaron á oír, y cubrir de lágrimas amargas á la imagen del que acababa de invocar.

En este instante, se abrió ligeramente la puerta de su cámara; la triste Dolores se levanta espantada y retrocede hasta la ventana de su cuarto delante del grande inquisidor que se avanzaba lentamente hácia ella, vestido con sus largos hábitos.

Dolores no tuvo ni aún fuerzas para dar un grito.

— He perturbado vuestras oraciones, hija mía, dijo Pedro Arbues, con un tono dulce.

— Señor, dijo ella con voz cortada, ¡porque entráis así de noche en mi cuarto! ¡La habitación de una joven no debe ser sagrada?

— El grande inquisidor tiene facultad para todo, replicó el dominico, y no pecáis recibiendo en vuestro cuarto.

— Señore, contestó Dolores, llena de orgullo é indignación, no comprendo esas miserables argucias que limitan así á voluntad de los que las emplean las leyes inmutables de la conciencia; que hacen lícito á los unos lo que es un crimen para los otros: la virtud es una, sus leyes deben ser inviolables y eternas. Vos sois un hombre, señor, y un hombre no debe entrar de noche en la habitación de una mujer, á menos que no sea su marido.

— Dolores, dijo el inquisidor con voz severa, os olvidais de que Cristo ha dicho á sus apóstoles: *Lo que desateis en la tierra será desatado en el ciel.* ¿Que el nos ha dado todo poder sobre las almas y los cuerpos?

— ¡O señor! no desfigureis así las palabras del Evangelio: el testo es tan claro y tan puro, que ha no ser con mala voluntad, no hay más que un solo modo de comprenderle, que el mismo para todos, señor, para vos, ministro de Dios vivo, como para nosotros, humildes discipulos.

— *La letra mata y el espíritu vivifica,* replicó el inquisidor; y eres muy imprudente, joven, en atreverte á hablar así delante de mí. Los libros santos son un código sagrado, una carta divina, de la cual á nosotros solos, está confiada la interpretación; á vosotros el cumplimiento pasivo. ¡Desgraciados los que interpretandolas solos y sin nuestro auxilio, quieren fuera de nosotros buscar la luz! Desgraciados de los insensatos que, marchando sin el apoyo de los representantes de Jesucristo, caen en el error y la herejia.

— No hay herejia siguiendo el Evangelio, señor.

— Si tu hubieses hablado así delante de otro que no fuera el grande inquisidor de Sevilla, dijo Pedro Arbues con una mirada terrible, el día de mañana no te hallaria en la casa de tu padre, y la inquisición...

— Nada he hecho contra la inquisición, interrumpió la futura de Estévan con una voz que se esforzaba en presentar tranquila; sin embargo un invencible terror le hacía temblar á su pesar.

Pedro Arbues lo conoció y se acercó á la joven, que no podia ya dar un paso atrás: sus piés tocaban á la puerta de la ventana.

— ¡Dolores, dijo, sabes que soy tu amigo?

— ¡O señor! entonces retiraos, y no abuseis de vuestra autoridad para violar así mi morada. ¡Salid, señor, salid, os lo ruego de rodillas!

Pedro Arbues, absorbido en la contemplación de una belleza tan sorprendente, parecia no oír sus ruegos. Dolores estaba delante de él con sus largos cabellos esparcidos, vestida con un traje negro cuyo ancho escote, segun la moda de aquel tiempo, descubria de una manera admirable el corte rico y puro de sus hombros de mármol. Su talle parecia más gracioso todavia, y el brillo de sus grandes ojos negros en que toda la vida parecia estar refugiada, daba un nuevo encanto á la deslumbradora palidez de su semblante.

— ¡Oh joven! exclamó el sacerdote, ¡joven que bella eres! ¡y que feliz es Estévan!

— ¡Señor! dijo Dolores, espantada de la cínica expresión de las miradas del dominico, ¿señor, estoy soñando? No sois ya el grande inquisidor de Sevilla, el sacerdote del Señor, el guarda de la virtud de los otros.

— ¡No! exclamó el fraile, dominado por la pasión fogaosa que le devoraba: aquí no hay grande inquisidor, no hay sacerdote, no hay más que Pedro Arbues que te ama, Pedro Arbues que muere de desesperación y de amor.

Un grito ronco é inarticulado salió del pecho de la joven, y todo su cuerpo se puso frío como el hielo.

El inquisidor estaba á sus piés; la violencia de su pasión brutal hacía horrible en esto momento su semblante, naturalmente hermoso y regular; trataba de apoderarse de la hija del gobernador. Esta, á fuerza de terror, se hacía tan delgada arrimándose contra la pared, que parecia escaparse como una sombra de las manos trémulas del dominico. Sin embargo, el tocaba ya el extremo de su ropa; Dolores, incapaz de hacer un movimiento, se mantenía firme y como pétrificada delante de la estrecha ventana.

Mas como en la situación en que el indigno sacerdote la habia sorprendido, habia guardado el Cristo de márfil estrechado contra su pecho, en el momento en que el inquisidor, animado por su terror, le echaba los brazos á la cintura, tendió hácia él la imagen santa por un movimiento energético y espontáneo.

— ¡Pedro Arbues, exclamó la joven, salta esta barrera, si te atreves! ¡sacerdote de Cristo, te atreverás á despreciar á tu Señor?

El impúdico dominico bajó la cabeza y retrocedió: ¡tuvo miedo!... este sacerdote fanático podia violar, desnaturalizar la ley de Dios, pero no profanar una imagen.

Se levantó con lentitud, dirigió á la joven una mirada de odio, y salió sin volverse.

Dolores estrechó de nuevo la imagen protectora contra su pecho.

— ¡O tú, que me has salvado, exclamó, gracia!

La voz lúgubre del *sereno* gritó las once y media. Aunque fatigada, el amante de Estéban' arregló sus cabellos con una ruin peineta de concha, se cubrió con una larga capa parda, bajó lentamente las escaleras de piedra que conducian á la puerta exterior de la casa y se dirigió hácia la Giralda.

Cuando salía de su habitación, una sombra vaga salió de los arcos, aumentó poco á poco en la pared del frente, debilmente iluminada por la claridad de un pálido reverbero, y presentó distintamente la silueta de un hombre cubierto con una capa: Dolores se estremeció; pero prosiguió su marcha sin detenerse.

— ¡Bien! dijo el inquisidor, porque era él; ella ha salido, Enriquez hará lo demás.

IV.

La Giralda.

La pequeña cuadrilla que bajo la dirección de Coco había salido de la cueva de la Garduña, seguía en silencio al jefe provisional que acababan de darle. Los *guapos*, delante á los dos lados de Coco, los *chivatos* detrás, se escurrian á lo largo de las casas por esas calles negras y tortuosas, y sin hablar como si todos estos hombres fuesen mudos de nacimiento.

En Francia no se sabe hacer nada sino con grande estrépito; mas en España es otra cosa diferente. El español obra sin hablar, sin demostraciones exteriores: su fisonomía jamás le vende; por más que sacudais en la estatua, no dará más que un sonido metálico, y no conoceréis jamás que sensaciones borrascosas encierra este pecho de mármol.

Culebrina seguía a pocos pasos, alarmada con la misión secreta que había sido dada á *Manolina*, inquieta por este hombre rudo á quien amaba, y acaso también impulsada por ese instinto de las mujeres que las atrae irresistiblemente á donde hay dolor que aliviar ó peligro que prevenir.

Coco y su tropa marcharon así hasta el puente de Triana, atravesaron todavía algunas calles estrechas y oscuras, y llegaron en fin cerca de la catedral á la plaza de la Esplanada. Estaba muy oscuro este lugar: todas las luces estaban ya apagadas en las casas de la plaza.

En un cielo azul brillaban, es cierto, luminosas estrellas; pero estos astros radiosos, demasiado lejanos de nosotros, ruedan pacíficamente por el espacio, desdeñándose dejar llegar hasta la tierra sus relucientes rayos que

prestan, sin duda, á criaturas más felices que las de nuestro triste planeta.

Al llegar delante de la catedral, Coco hizo que se agazaparan los dos *guapos* en un hueco formado por dos enormes pilares; luego dijo algunas palabras en voz baja á los *chivatos*, que fueron inmediatamente á colocarse en los cuatro ángulos de la Esplanada, á donde se ocultaron boca abajo, el oído contra el suelo para no perder el más ligero ruido.

Después de haber así dispuesto su gente, Coco se dirigió hácia el pórtico de la catedral, y eligió á su vez un abrigo bajo esta alta masa de piedra.

La *serena*, temiendo ser vista, tomó entonces la orilla de las casas todo al rededor de la Esplanada, marchando con paso tan ligero que se habria dicho que era llevada por alas invisibles; después, escurriéndose por entre los árboles, se detuvo bajo un enorme naranjo cerca de la fuente.

Al imperceptible ruido que habia hecho la *serena*, un ligero *gri gri* imitando el del grillo (1) se dejó oír en uno de los ángulos de la plaza, pero volviendo á quedar todo en el más profundo silencio, Coco comprendió que esta era una falsa alarma y nadie chistó.

En este momento el *sereno* (2) atravesó la Esplanada deteniéndose cerca de la fuente, gritó las doce con su voz ronca y monótona.

La *serena* se estremeció...

¡Las doce!... ¡Era la hora de los crímenes, la hora en que la desgraciada habia sido testigo ó la autora de tantos dramas sangrientos; la hora en que se le presentaban las sembras de los que ella habia visto morir!

¡Ella tuvo miedo!...

El *sereno* pasó. No se oyó ya más que el imperceptible ruido de las hojas suavemente agitadas por la brisa.

La *serena* se arrodilló y se puso á orar.

(1) Los *chivatos* ó aprendices de la Garduña, servían principalmente de vigilantes durante todas las operaciones de los guardaños. En caso de peligro ó de alarma imitaban el grito de un animal ó el canto de las ranas ó el maullar del gato, según la estación ó la consigna que habian recibido. Por el día, eran los ladrillos del perro ó el grito de los animales que participaban de la vida y los hábitos del hombre.

(2) La útil institución de los serenos remonta el décimo quinto siglo. Fue Isabel de Castilla quien los creó en 1495 en Granada, para vigilar á los moros de la ciudad, que siempre se temía verles sublevarse.

Pero bien pronto un paso rápido y ligero se dejó oír sobre la arena en la dirección de la Giralda. Uno de los *chivatos* dió el grito del grillo más agudo que el primero, que fue al momento repetido por los otros tres.

Coco, *Manofina* y *Cuerpo de hierro* echaron mano al puñal.

La *serena* se levantó y alargó el cuello hácia delante, tratando descubrir de que lado venia el peligro.

En este momento Dolores atravesaba la Esplanada.

Llegada al pié de la Giralda, miró á todas partes; no viendo á nadie, se puso á llamar en vez baja:

— ¡Estévan! ¡Estévan!

Nadie la respondió...

Más al mismo instante una joven salió de la torre y se echó toda asustada á los pies de la hija del gobernador.

— ¿Quién sois? ¿qué me quereis? le preguntó Dolores.

— ¡Huid! ¡huid! exclamó la *Chapa*, porque era ella; huid, señora, sois vendida, yo os he engañado...

— ¿Mas á donde está Estévan? preguntó la joven, reconociendo por la voz á la que le habia llevado la carta supuesta de su futuro.

— No lo sé, respondió la *Chapa* anonadada, no le conozco....

— ¡No le conoceis!... vos sin embargo me habeis dicho me esperaba aqui esta noche.

— Os he engañado, repitió la gitana confusa; me dijeron *vé*, y ha sido preciso *ir*.... Porque yo, ya lo veis, no soy más que un miserable instrumento.... Yo debo obedecer bajo pena de ser castigada.... ¡Oh! pero cuando os he visto tan noble y tan bella, he jurado salvaros, aunque me fuese necesario perecer. Huid, pues, señora, huid, os lo suplico.... luego no será tiempo.... van á venir....

Pero Dolores, aturdida, no pensaba en su propio peligro; no se ocupaba más que de Estévan, perseguido por la inquisición, y la incertidumbre en que se hallaba la ponía en inexplicables angustias....

De repente un ruido sordo de ruedas, acompañado de ligeras pisadas, se dejó oír del lado del rio.

El chillido de los *chivatos* resonaba y prolongaba llamando la atención de los miembros de la Garduña.

— ¡Oid! ¡oid! ¡ya vienen! exclamó la gitana espantada, levantándose y tratando de llevarse á Dolores.

La hija del gobernador la rechazó con un movimiento enérgico y lleno de desprecio.

— Maldita seas, dijo, ¡pues has mentido!

Á estas palabras, la *Chapa* se refugió de nuevo en la Giralda; Dolores, medio loca de desesperación y de terror, se puso á correr hácia la Esplanada.

Apenas habia dado algunos pasos, que cuatro esbirros, salidos de los cuatro ángulos de la plaza, se apoderaron de ella y la llevaron en sus brazos robustos sin que ella hiciese la menor resistencia ni tuviese valor para gritar.

Después de haberse apoderado de su presa, los esbirros se dirigieron hacia el Guadalquivir á donde esperaba Enriquez y Frasco al lado del carruaje inquisitorial. Este carruaje, especialmente dedicado á las expediciones nocturnas, era una especie de coche cuyas cuadro ruedas, cubiertas de cuero suave y grueso, no producian ningun ruido al rodar sobre el empedrado Las mulas que le tiraban estaban calzadas con *borceguis de noche* (1).

Á la última señal de los *chivatos*, Coco y los dos *guapos* habian salido de su escondite, y excurriéndose á lo largo de las paredes de la catedral, habia seguido la pista de los raptores.

La *serena* los seguía á paso de lobo.

Los *chivatos*, arrastrándose como culebras sobre los piés y las manos, habian, mientras esto, tomado la delantera y dirigido hácia el coche.

Enriquez y Frazco le guardaban; pero cuando vieron venir los esbirros, se adelantaron alguno pasos hácia ellos. Los *chivatos*, como verdaderos rateros, aprovechan-

(1) El *borceguí de noche* era un calzado de cuero de búfalo en forma de bota, que se adoptaba, con evillas y correas á los piés de las mulas que tiraban de los carruajes empleados para los arrestos nocturnos de la inquisición. La suela de este borceguí consistía en una espesa capa de estopa cosida entre dos cueros. Calzadas de esta suerte, las mulas pasaban á corta distancia de uno sin que ningun ruido le advirtiese su aproximación. Este borceguí, debido al ingenio infernal del inquisidor Deza, existía todavía en el almacén inquisitorial de Málaga en 1820, cuando las puertas del santo oficio fueron quebrantadas y los presos libres á los gritos de viva la libertad. En esta misma época, el desgraciado general Torrijos, que fué juzgado vilmente pocos años después de orden de Fernando VII, el general Torrijos, libre de los calabozos de la inquisición en que estaba encerrado hacía dos años, cogió uno de estos borceguies. Otros dos fueron recogidos por un ingles, Thomson Wilkings, que los conservaba todavía en 1839 en Londres, plaza de Paddington, en donde los mostraba á todo sus amigos. Se conoce que este tribunal, que se pretendia el defensor de la religión de un Dios de paz, sabia tomar sus precauciones para que los *heréticos* no se le escapasen. No puede llegar á más el celo.

dose de esta distracción cortaron los tiros del coche y llevaron las mulas, que parecian haber sido calzadas de expofeso para ser robadas.

Era un botin como otro cualquiera.

Como verdaderos hijos de la Garduña, los *chivatos* habian comenzado por echar al instante al agua el cochero que les perjudicaba.

Todo esto habia sido ejecutado en menos tiempo del que nosotros ponemos en describirlo.

— Aquí estan, dijo Enriquez á Frazco, cuando estuvieron cerca de los esbirros que llevaban en sus brazos á Dolores desmayada.

— ¡Bueno! respondió Frazco con tono áspero; callate y despachemos.

— ¡Oh! ahora la tenemos, contestó Enriquez con aire de triunfo.

— Todavía no, dijo *Mano fina*, dándole al familiar una vigorosa puñalada en el brazo.

Enriquez, sorprendido así, vaciló por efecto del repentino dolor que habia sentido; pero recobrando nuevamente su valor:

— ¡Á mi! gritó á los esbirros, dos de los cuales, abandonando al momento la hija del gobernador á sus compañeros, corrieron á socorrer al familiar.

Frazco no habia esperado esto: al primer grito del herido, se habia lanzado á *Mano fina*. Por su parte, Enriquez, furioso y no distinguiendo á sus enemigos en la oscuridad, se habia dirigido á *Cuerpo de hierro* comenzando con él una lucha encarnizada.

Durante todo esto, Coco se habia echado en persecución de los dos esbirros que, al estruendo del combate, habian huido á toda prisa al carruaje; pero después de haber colocado en él á Dolores, se salvaron con toda la ligereza de sus piernas sin esperar el final de la lucha que acababa de empeñarse.

Coco, vacilando entre el deseo de guardar la hija del gobernador y el de socorrer á sus *hermanos*, dudó por algunos instantes; sin embargo sus instintos guerreros vencieron: volvió al lugar del combate y llegó á tiempo de librar á *Cuerpo de hierro*, que á pesar de su valor de leon y de su fuerza atlética, le costaba mucho sostenerse contra tres adversarios, los dos esbirros y Enriquez. Este, á pesar de su herida, se defendía con desasperación.

La llegada del alguacil varió el semblante de las cosas.

Aunque combatiendo, los agentes de la inquisición trababan de ganar el puente en donde estaba el coche. Por su parte los guarduños redoblaban sus esfuerzos para llevarlos á él, seguros de que una vez llegados allí darían buena cuenta de ellos. Con efecto, apenas los esbirros habían puesto pié en el puente de Triana, que los dos guarduños les habían herido mortalmente y echado al agua. Enriquez, ya desfallecido, había caído á pocos pasos. *Cuerpo de hierro* saltó sobre él, y creyéndole muerto, le cogió en sus brazos á la altura del pretil y le dejó caer en el río.

Coco había vuelto hácia el coche, contando con que *Manofina*, solo con Frazco, no tendría trabajo en librarse de él; sin embargo se engañaba. Frazco, viéndose solo contra el *guapo* y comprendiendo que tenía mala partida con este feroz guarduño, le había echado al cuello un lazo de seda conocido por *nudo corredizo* (1).

Esto pasaba á *Manofina*, cuyo valor y destreza eran del todo inútiles. Oprimido por el cordon asesino, perdía poco á poco la respiración y las fuerzas. El puñal se le cayó de la mano trémula, sus ojos, encendidos y vueltos, se cubrieron de una nube, y ya Frazco levantaba la mano para acabarle, cuando herido él mismo en el corazón por una hoja acerada, cae tendido muerto en el mismo sitio.

La *Culebrina* le había herido con su navajita andaluza.

La joven se apresuró á desatar el cordon que oprimía todavía la gargaña de *Manofina*. Á pesar de este suplicio atroz, el *guapo* permanecía en pié.

— ¡Bravo! *Culebrina*, dijo estrechando vivamente la mano de la *serena*, tu eres una valiente y animosa joven, y el maestro te recompensará.

— No, no; de tí solo quiero mi recompensa.

— ¡De mí, dijo! el *guapo* sorprendido: habla, qué quie

res? Por la vírgen de los Dolores, juro concederte lo que tu me pidas.

— *Manofina*, contestó ella cogiéndose de su brazo con un gracioso movimiento de gachonería femenina, te pido gracia para don Estévan de Vargas.

— ¡*Culebrina*! dijo el *guapo* con tono de pesar, tú me pides una cosa imposible... ¿Qué te importa la muerte de ese joven señor? añadió con aire sombrío.

— Es preciso no *oscurecer* á los que se aman mucho, respondió la *serena*, y la hija del gobernador moriría de dolor si se la separase de su futuro, ¡como yo me habría muerto esta noche si te hubiesen asesinado, *Manofina* mio!

— Yo no puedo prometéterselo, contestó el *guapo*, enterrecido á la vez que confuso; porque el no quería faltar á lo que llamaba su deber y se afligía considerando que desagradaría á la que amaba.

La *serena* bajó la cabeza y se puso á llorar.

— No llores así, *alma mia*, dijo el *guapo* estrechandola con ternura contra su corazón: veremos lo que podemos hacer.

Durante esto, Coco y *Cuerpo de hierro* habían retirado del coche á Dolores siempre desmayada.

— ¿Que haremos de esta señorita? preguntó *Manofina* acercándose á Coco.

— Seguidnos y *vigilad*., respondió el alguacil.

Y adelantándose con *Cuerpo de hierro*, Coco se encaminó hacia la casa del apóstol situada al otro lado del Guadalquivir.

Manofina y la *serena* los siguieron á poca distancia, pronto á defenderles de las nuevas emboscadas de la inquisición.

(1) Los españoles, los andaluces sobre todo, tienen una destreza prodigiosa en manejar esta arma mortífera. Los familiares del santo oficio, principalmente los esbirros, no salían jamás á una expedición sin llevar en el bolsillo el *nudo corredizo*. Este cordon de seda nueva les servía para estrangular un enemigo que se resistía. Quien se habría atrevido á resistir á la inquisición! El *nudo corredizo* era principalmente empleado en estrangular los perros, si su ladrido podía alamar. Y en caso para sofocar los gritos de los presos en tanto no se les ponía una morzada. Véase cuan fría abilmente calculada estaba la crueldad de la inquisición.

Estos hombres tenían una tan grande necesidad de emociones devoradoras, que no hallaban más que en la sangre y en las hogueras un desahogo á su insaciable deseo de sensaciones. El demonio se habia encarnado en ellos, y se podría creer que después de la encarnación de un Dios en la figura de Cristo, habia venido la encarnación de todos los espíritus infernales en las personas de los inquisidores.

Algunos, nos dirán, estaban de buena fé en su fanatismo. Que se lea la historia de la inquisición y se nos responda. Esa monstruosa institución creada por la política de los papas, tolerada, protegida en España por la política de los reyes, no ha desmentido su origen impuro, y los agentes de un poder inicuo han sido inicuos como él.

Eran las doce de la noche.

En el pabellon solitario que pertenecía al palacio inquisitorial, en medio de una sala elegante, se elevaba una mesa suntuosa. El cielo raso de esta sala estaba sembrado de delicados arabescos, obra preciosa de los artistas moros. En las paredes, pinturas al fresco representaban frutos y flores de toda especie imitando la naturaleza para hacerla envidiable y rodeando cuadros que el gusto artístico de los inquisidores habia adornado con escenas las más voluptuosas de la mitología pagana.

Estaba Elicia medio desnuda, acostada en un lecho de flores, ardiente y enervada á la vez, volviendo hácia el sol sus ojos abrasados por aspiraciones amorosas, Júpiter, ese inmortal relajado, solazándose en las ondas al lado de Leda, bajo la figura de un cisne, expresando en las actitudes menos ocultas el ardor de los placeres que le devoraba; estaba en fin Venus, la gran prostituta, en todas las facces de su vida amorosa y libertina. Habria sido preciso ser un santo para permanecer tranquilo en presencia de todas estas pinturas licenciosas destinadas á excitar las pasiones sensuales de los señores inquisidores. Un rico mosaico de mármol formaba el piso de esta sala, y sobre la mesa colocada en medio, los frutos más raros, los manjares más esquisitos, llenaban los grandes vasos de cristal de roca y de porcelana de la China.

El jerez, la tintilla de Rota, el dulce vino de Málaga, el licor de la banana, recientemente importada de América, todos estos vinos excitantes, nacidos bajo un cielo de fuego, circulaban en abundancia entre los convidados, obispos acicalados y frailes alegres, presididos por su Emi-nencia el señor gran inquisidor de Sevilla.

V.

Una colación de frailes.

El palacio del grande inquisidor, Pedro Arbues, era un inmenso y suntuoso edificio morisco, habitado ántes por el rey de Sevilla. Atravesando magníficos jardines, plantados de las más bellas flores y de árboles los más raros, se llegaba á un pabellón aislado que antiguamente servia de sala de baños. El voluptuoso Arbues le habia dado un destino muy diferente.

Este pabellón, alejado del cuerpo principal, y como perdido en un macizo de follaje, era el lugar ordinario de las alegre reuniones del gran inquisidor y sus favoritos. Prelados y frailes, gentes poco consideradas, exalaban con transporte en sus orgias nocturnas el ardor que les devoraba, echando de sí, como un vestido tosco, el incomodo báculo y hábito, y dando rienda suelta al espíritu de relajación que se agotaba entonces en sucías fantasías, en palabras licenciosas, en increíbles provocaciones, en farfantonerías gigantescas, que excedían á todo lo que la imaginación podía concebir.

Estos frailes reservaban para sus escenas nocturnas todo lo que el comedimiento habitual de su vida imprimía de forzado á sus facultades morales. Era un torrente engruesado con todos los obstáculos que habia encontrado á su paso; de todas las inmundicias que su corriente impetuosa habia arrastrado tras sí; y allí tambien, por falta de alimento á la lava devorante de su imaginación, elaboraban las leyes monstruosas de la inquisición: código bárbaro al cual á cada reinado de inquisidor añadía algunos artículos más feroces, monstruo horrendo, nacido de uniones adúlteras, que, así como los hijos de Anteo, trataba de destrouar al cielo.

Una alegre jovialidad y algo mística animaba todos estos semblantes sombríos y ardientes. Los ojos de Pedro Arbues brillaban sobre todo con un fuego no acostumbrado: las angustias del deseo y de la incertidumbre mezclaban su acritud mordiente a la ligera embriaguez del gran inquisidor. Las caras estaban exaltadas; sin embargo la razón las gobernaba todavía, el orden no estaba invertido; cada cual se mantenía en su puesto, y un tinte de gazmoñería monacal encubría todavía la libertad de los discursos.

El señor Arbues abandonó el primero este respeto.

— Sabeis, padres míos, exclamó con una voz algun tanto avinada, que el portero del cielo (1) fragua sin cesar nuevas llaves para guardar con más seguridad las avenidas de este hermoso reino, y aumenta para nosotros los goces de la tierra! Ya tenéis la inquisición establecida en Portugal (2) y luego no habrá un pequeño rincón del globo en donde no se extienda su dominación.

— Tanto mejor, dijo el inquisidor Fonseca, la inquisición es un molino donde el mal grano que se muele se cambia para nosotros en bellos doblones de España.

— Y los doblones en goces celestiales, en festivos deliciosos, dijo un prior de dominicos de cara luxuriosa y ojos inflamados.

— Sin embargo, repuso Fonseca, vale más ser inquisidor que papa, pues el portero del paraíso, que se dice nuestro maestro, no es, seguramente más que el intendente de nuestros placeres.

— Y luego, dijo un fraile joven, hermoso como una doncella y favorito de Pedro Arbues, es tan viejo el papa. ¿Para que sirven los bienes de este mundo cuando no se pueden gozar?

— ¿Es mejor ser novicio en un convento de dominicos, no es cierto, José? dijo el gran inquisidor acariciando con la mano la cabeza del joven novicio.

— Vale más ser humilde esclavo de vuestra Eminencia, contestó el joven religioso con fingida humildad.

— El papa siembra y nosotros recogemos, dijo con alegría el inquisidor Fonseca: y mientras que charla con

(1) El papa.

(2) El autor comete en este un anacronismo. La inquisición no fué establecida en Portugal hasta 1551 ó 1552, por el falso nuncio Juan Perez Saavedra como dejamos dicho.

sus cardenales, cogemos en los campos de Cytére todas las bellas flores de amor que se hallan al paso.

— Yo no tengo aún el trabajo de bajarme para cogerlas, dijo el obispo de Málaga, que era de la fiesta; la superiora del convento de las carmelitas descalzas se encarga de este cuidado por mí; y las primicias de las mejores flores de su jardín me son ofrecidas por ella.

— Yo, dijo el prior, más quiero cogerlas por mí mismo; cuando mi buena estrella me trae al confesonario juvenes y bonitas penitentas, difícil es que estas flores se vuelvan sin ser desojadas.

— Yo me tomo menos trabajo en eso, dijo el inquisidor Fonseca; cuando una joven me agrada la hago lindamente robar por la sociedad de la Garduña.

— ¡Util institución! contestó el gran inquisidor, que debemos proteger con todas nuestras fuerzas, señores. Desde el día en que la hermandad de la Garduña no existiese en España, adios nuestros placeres, nuestras venganzas: sería preciso obrar por nosotros mismo, y nuestros interés se verían comprometidos.

— ¡Bah! exclamó otro inquisidor, ¿no valen nada los familiares del santo oficio para los raptos nocturnos y los asesinatos? un familiar es discreto cómo la muerte, y puede hacer todo impunemente; por que la palabra *inquisición* es la garantía de todos sus actos: nadie se atreve a murmurar.

— ¡Pobres gentes! dijo Pedro Arbues inclinándose al oído del novicio, cuya palidez profunda contrastaba con la alegría de sus maneras; ¡pobres gentes! están más llenos de vanidad que del vino que yo les prodigo.

— También vuestra Eminencia es dueño de todos, señor, dijo muy bajo el novicio; vos sabeis conservar vuestra razón en medio de la orgias, y hacer con sangre fría todo lo de que ellos se alaban en la embriaguez.

El tumulto de las voces cubría esta conversación en voz baja.

— ¿Enriquez no viene? dijo el inquisidor con inquietud; ¿no le has hallado en el puente de Triana, José?

— No, respondió el joven religioso; he juzgado más prudente dejarle obrar solo; pero estad tranquilo, señor; Enriquez es fiel.

— De que habláis, señores? preguntó Pedro Arbues, dirigiéndose al inquisidor Fonseca y obispo de Málaga.

— Señor, dijo el inquisidor hablábamos de las mujeres hermosas que posee vuestra ciudad de Sevilla, y yo sostenía al obispo de Málaga que la más linda de todas es Dolores Argoso, hija del gobernador.

Arbues hizo un movimiento de sorpresa.

— ¡Oh! tocante á esa, dijo el grueso prior, es una ciudadela inexpugnable; yo la he oído dos veces en confesión, y la supongo algun tanto tocada de la herejía; hace controversias como un discípulo de Lutero.

— ¡Que hermosa hereje para ser quemada! dijo el obispo de Málaga.

— En el fuego del amor querreis decir sin duda, contestó el inquisidor Fonseca; esa sería una conquista digna de su Eminencia.

— ¿No teneis nada más difícil que proponerme? dijo Pedro Arbues con una sonrisa llena de arrogancia.

— Su Eminencia desiste, dijo el prior de los dominicos.

— No desisto, contestó el inquisidor dirigiendo una mirada orgullosa á la asamblea; pero quería en verdad no hacer tan poco para agradaros, padres míos.

— ¡Nos contentamos con eso! exclamaron en coro todos los convidados.

En este momento, una pesada mampára de seda se abrió á lo último de la sala, y un familiar se acercó al gran inquisidor.

— Señor, dijo, Enriquez pide ser introducido junto á vuestra Eminencia.

Una sonrisa de triunfo aclaró el rostro de Pedro Arbues.

— ¡Señores! el demonio os ha servido cual deseabais; vais á ver la hija del gobernador. Luego volviéndose al familiar: Enriquez puede entrar.

El familiar desapareció.

Todos los ojos se dirigieron á la entrada de la sala del festín.

— Señor, prosiguió Arbues volviéndose al inquisidor Fonseca, os pido cien días de indulgencia para este buen Enriquez, que nos trae la hija del gobernador; es el mejor servidor de la muy santa inquisición.

Apenas Arbues acababa estas palabras, la mampára se abrió de nuevo, y el *buen* Enriquez, pálido, esangrenrado, empapado en agua, entró, pero solo, y pudiendo á penas sostenerse.

— ¿Qué es eso? dijo el inquisidor sorprendido.

— Señor, respondió el familiar con voz débil, todos nuestros esbirros han sido muertos, la hija del gobernador nos ha sido arrebatada, y yo con gran trabajo me he salvado á nado para venir á daros cuenta de mi misión.

Todos formaron círculo al rededor de Enriquez, que refirió entonces con voz á penas perceptible, los sucesos de la noche.

Durante esta relación, los ojos del gran inquisidor brillaban de cólera.

— ¡Habeis sido unos cobardes! dijo en fin con un espantoso sarcasmo.

— Todo hémos hecho lo que hémos podido por cumplir las órdenes de vuestra Eminencia, replicó tímidamente Enriquez.

— ¿Y Frazco? dijo Arbues.

— ¡Muerto! señor; muerto como los demás, respondió el familiar, que ignoraba la fuga de los dos primeros esbirros.

— ¡Eres un miserable! exclamó el inquisidor con una voz terrible, marchate de mí presencia, y no vuelvas jamás ante mí vista.

Enriquez, debilitado por la pérdida de sangre, por su baño improvisado en el Guadalquivir, por las emociones de la noche, Enriquez no resistió á este último golpe. Desfallecieron sus piernas y cayó privado de sentido.

Pedro Arbues tiró la campanilla, dos criados se presentaron.

— Que lleven ese hombre, dijo con indiferencia.

Luego volviéndose á los convidados:

— A la mesa, señores, y terminemos la noche como la hémos comenzada.

Los frailes y los obispos tomaron sus asientos y los li-coros embriagadores circularon de nuevo.

Pedro Arbues tenía la rabia en el corazón, y exalaba una loca alegría, en palabras vivas y mordaces.

José, su favorito, le miraba con imperturbable atención: el novicio estaba más pálido que de costumbre, y sus ojos negros y de fuego brillaban con sombría ironía.

— José, dijo Arbues acercándose al oído del favorito, Le ahí una noche que costará cara al gobernador de Sevilla.

Una idea, llena de amarga alegría atravesó la frente del novicio; pero fué incomprensible para el inquisidor.

La orgía se prolongó hasta la mañana (1).

(1) Esta escena que el autor acaba de describir parecerá exajerada y acaso mal sonante á muchos de nuestros lectores; sin embargo tales escenas tenían muchas veces entre las grandes dignidades de la iglesia de España; se lee en la historia de Mariana que, mientras que el mayordomo del rey Enrique III se veía obligado á empuñar el manto de su señor para comer, los señores de la corte se entregaban en casa del arzobispo de Toledo, residente en Burgos, á todos los excesos de la mesa, en compañía de muchos obispos y otros grandes prelados de Castilla.

VI.

La casa del herético.

La morada del *apóstol* era una cartuja aislada, en medio de un jardín rústico bañado por las aguas del Guadalquivir. El apóstol era uno de esos frailes predicadores y confesores que aunque seguían libremente la regla del orden que habían abrazado, no pertenecían á ninguna corporación religiosa.

Este fraile era el mismo que hemos ya visto en la taberna de la *Chapa*.

Había elegido este humilde retiro á donde venía á descansar de sus trabajos apostólicos, y que por su separación de la ciudad, y su proximidad al río, había muchas veces servido de refugio á las víctimas de la inquisición.

Era al otro día del en que tantos sucesos habían ocurrido en la misma noche.

Dolores estaba sola en la habitación que le servía de asilo. La noche comenzaba á caer, y, cubriendo los objetos con un pálido matiz, daba al río el aspecto de una ancha cinta de *moaré*.

Á pesar de la aspereza de la brisa que soplaba á lo exterior, Dolores abrió la ventana y con sus manos blancas separando los largos cabellos que la ocultaban el rostro, ofreció su frente despejada y abrasada á este soplo áspero y helado.

Una sombría desesperación oprimía su alma: sus ojos estaban llenos de lágrima, y azuladas venas surcaban este rostro de mármol.

En vano, en el dolor profundo que la devoraba, había recurrido al consuelo de la oración; el ángel que lleva á

los pies de Dios la expresión ferviente de nuestros males, y nos trae en cambio las lágrimas que consuelan, había vanamente sacudido sus alas sobre la frente de Dolores: la herida mortal de su alma no había podido ser aliviada: esta joven de corazón fuerte, razón recta y severa, cuya fé reposaba sobre los principios más puros de la moral evangélica, ese sincero entusiasmo que quería hallar á Dios en el sacerdote, porque el sacerdote, para ella, no era un hombre, sino un ser transformado: esta mente exaltada de toda perfección ideal, poeta en el amor y la religión, no había podido sin horror profundo entrever el abismo de lujuria y de hipocresía en que se sumergían, en nombre de Cristo, los que se llamaban sus ministros. La duda, esa llaga roedora casi incurable, que á veces no se detiene sino después de haber devastado todo, la duda había creado en el alma de Dolores, y llenado su corazón de ese veneno mortal que ataca, abrasa y devora.

— ¡Que! decía con amargura, ¡son estos los representantes del Salvador! ¡los depositarios de la ley! ¡Oh! si Jesús en otro tiempo echó del templo á los vendedores, ¿no desterraría hoy los sacerdotes inquisidores? ¡Las llamas de las hogueras que encienden, no se volverán contra ellos para devorarlos?

Una cólera ardiente y santa se levantaba en el corazón de la joven: miraba á ese cielo tan tranquilo que no se compadecía de las penas de la tierra; y pensando en su impotencia en el terrible poder de la inquisición, se preguntaba con terror si Dios cuidaba de estas criaturas. Ella había llegado á formular sus dudas, y de ellas á la incredulidad no hay más que un paso.

Finalmente, y es preciso observarlo, esta época de terrores y persecuciones fué la más fecunda en sectas diversas y absurdas. Cada uno quería crearse una fé á su capricho, no pudiendo contentarse con esta fé bárbara, cruelmente impuesta por el tormento y las llamas. Con efecto, lo único en que podía hacer creer la inquisición era el infierno, que ella había transportado á la tierra.

— ¡Jesús, Jesús! decía la pobre desesperada, tú que no has sabido más que amar y bendecir, por qué sufres los crímenes de estos verdugos?

— Para pacificar los buenos, dijo cerca de ella una voz dulce y grave.

Y volviendo la cabeza del lado de donde partía la voz,

Dolores creyó ver la figura del mismo Jesucristo; tanta mansedumbre y pureza había en esa cabeza que brillaba como bajo una aureola.

Era la del apóstol.

— ¡Oh padre mio! exclamó la joven cayendo de rodillas delante de él, padre mio, sostenedme porque yo vacilo, y mi alma espantada no puede creer ya más que en el mal. ¿El demonio no se ha hecho dueño de este mundo para echar de él al verdadero Dios?

— ¡Hija! dijo el apóstol poniendo su mano en la frente abrasada de la joven, como hubiese echo el mismo Jesús ¿desde cuando la fuerza puede ser destruida por la debilidad? ¿no es el mal el débil y el bien el fuerte?

— No, respondió con voz alterada, es el mal el que es fuerte; porque son los malos quienes oprímen y los buenos los que sufren.

— Cristo también ha sufrido, y era fuerte; ¿porque era Dios! siendo cristiana, ¿riniegas así de Cristo?

— ¡Oh padre mio! perdonad, dijo la joven filósofa; yo no tengo la fuerza de los mártires, y la felicidad me parece un derecho del hombre.

— La felicidad esta aquí, dijo el apóstol poniendo la mano sobre su corazón.

— No, exclamó la joven con desesperación; porque este mismo asilo no es inviolable para los inquisidores.

— ¿Pueden comprimir sus pulsaciones ó acelerar sus movimientos? repitió el apóstol; ¿pueden borrar de él una imagen querida, ó expulsar la fé de tus padres? ¿no sientes en tí esa fuerza sobre humana del alma que te dice: «Anda, no temás, ama y cree, pueden quebrantar el cuerpo, pero lo que ama en nosotros es insuperable, el soplo eterno no muere!»

— ¡Oh! gracias, gracias, dijo Dolores besando las manos del hombre de Dios que cubria con sus lágrimas; gracias á vos que consolais, á vos que os pareceis á Dios.

El apóstol desprendió sus manos de las que las estrechaban; su dulce humildad no podía aceptar este testimonio de deferencia, casi de adoración que los frailes de España recibían, no como un homenaje, si no como un tributo.

— ¡Oh! prosiguió Dolores, que comprendió su pensamiento, vos sois humilde y fuerte y creéis; yo debo pues creer también, yo, débil mujer perseguida.

— Sí, debes creer, hija mia, y sufrir sin murmurar;

porque eres un alma escogida. Armate de fuerza y de constancia, hija; y si Dios te envia otras pruebas dile como esa grande víctima que murió por su doctrina: «Cumplase tu voluntad, y no la mia.»

— ¡Oh! ¿quien sois? preguntó la joven, quien sois, padre mio, vos que volveis la esperanza y la energia al corazón? ¿vuestro nombre, para que pueda repetirlo en mis oraciones!

— Soy un humilde siervo de Dios, y mi nombre Juan, respondió el apóstol; cuando te sientas debil invoca el nombre de Cristo y no el mio; porque él solo da fuerza y consuelo. Pero se hace tarde, prosiguió, es hora de volver á casa de tu padre. Ven, yo seré tu guia; y si algun día sufres, si tienes necesidad de apoyo, acuérdate de esta humilde morada, ella siempre está abierta para los que lloran.

Dolores levantó hacia el cielo sus ojos ardientes y resignados.

— Yo os sigo, padre mio, dijo.

Y mirando por última vez ese techo bendito que la habia albergado, se embozó en su capa y salió con el fraile.

Ellos andubieron largo tiempo sin decir una sola palabra. Vagos presentimientos agitaban el alma de la joven; esa frente, antes tranquilla y pura, se doblegaba bajo el peso del huracan que la habia arrebatado su corona de felicidad.

Las mujeres más fuertes de alma y de principios, tienen siempre un lado debil en el corazón; la fuerza de sufrir que existe en ellas hace á veces impotentes todos los argumentos de la razón y de la filosofía: no saben, como el hombre, oponerse á los sucesos. Su naturaleza entusiasta y febril, que las hace tan fuertes por momentos, les rehusa ese valor enérgico que sufre con paciencia, que suele esperar y rechazar un golpe continuo: se irritan, se exaltan, y en la aspereza de sus sufrimientos, una sola cosa las calma: las lágrimas; una sola las consuela: el amor.

Atraída á sentimientos más dulces por las consoladoras palabras del apóstol, la hija del gobernador vertia abundantes lágrimas, y su amor por Estévan renacia con más fuerza por la intensidad de su dolor. Inquieta por él, atravesaba con rapidéz el espacio, impaciente por llegar al lado de su padre, quien acaso habria visto á su futuro.

Pero, siempre perseguida por su temor á la inquisición, soñaba en huir con Estévan y su padre, á una tierra lejana, á esa Alemania en que la tolerancia y la libertad reinaban ya, en donde podian sin temor seguir las inspiraciones de su corazón y su conciencia. Luego dirigia una mirada dolorosa á todo lo que la rodeaba; admiraba el hermoso cielo de España, tan dulce y tan puro, y involuntariamente, temblaba de temor por huir: tenia frio al pensar en un cielo sombrío, en un suelo cubierto de nieve.

El apóstol la dejó enteramente entregada á sus dolorosos ensueños, sumergido como estaba sin duda él mismo en graves meditaciones.

Se acercaban á la casa del gobernador. La joven dió un grito de alegría reconociendo la calle en que estaba su palacio.

Redobló el paso, arrastrando consigo al fraile que la seguia.

— ¡Oh padre mio! exclamó, ¡voy á veros otra vez!

Dolores no se atrevió á pronunciar el nombre de Estévan; se adelanta...

Pero por qué el farol que todas las noches brillaba en la fachada de su palacio, no ha sido encendido?

La puerta, por lo comun abierta, resiste á sus esfuerzos. ¡Llama.... nada!... Pronuncia los nombres de sus criados más queridos... ninguna voz responde á la suya.

Un silencio espantoso reina en su casa. Parecia una de esas habitaciones en que, durante una epidemia, todos los habitantes han muerto sin socorro unos después de otros, y que no se ha abierto todavía de miedo al contagio. Dolores confusa, temblando de temor, llama repetidas veces con sus puños á la puerta insensible, cuyos clavos de hierro maltratan sus manos delicadas.

— ¡Padre mio! ¡padre mio! exclama con voz desolada....

¡Nada!...

El apóstol ha conocido la verdad; se acerca á la joven, pronto á ofrecerle consuelo; porque vé que lo necesita.

Dolores mira al rededor de sí con espanto. Al ruido que ha hecho, algunas puertas se entreabren.

— ¡Padre mio! ¿que es de mí padre? exclama la desgraciada joven.

Pero nadie le ha respondido.

— La hija del gobernador ha sido arrestada esta mañana de órden del gran inquisidor, han dicho algunas

voces, y las puertas están cerradas, y se han alejado de la joven como si estuviese atacada de la peste.

Pero Dolores ha oído esa palabra *inquisidor*, y ha sido ilustrada por una horrible luz. Su padre está en los calabozos de la inquisición, y como á los desgraciados arrestados por el horrendo tribunal no les dejan nada, la habitación del gobernador está cerrada, sus bienes son confiscados: no queda ya á su desgraciada hija más que el mendigar!... acaso se negará una limosna á la hija de un herético.

Dolores no llora ya; ninguna queja sale de su boca; sus ojos están secos y abrasados; una risa amarga contrae sus labios descoloridos.

Se aproxima al fraile, le coge con una mano convulsa por la manga de su hábito, como si ella quisiese agarrarse á él, su último refugio; luego con voz apresurada y cortada:

— Padre mio, dice, es mi monte Olivete, rogad á Dios que se compadezca de mí...

El apóstol se había esperado un dolor menos resignado. Á pesar de su profundo conocimiento del corazón humano, no había comprendido que un golpe terrible é imprevisible abate el alma, y la sumerge en una atonía que no le deja más que la fuerza para sufrir. Herida en lo que tenía de más querido, por la inquisición, ese atormentador tan cruel como el infierno; abatida bajo ese terrible pensamiento de que ninguna esperanza existía para ella, Dolores no tenía ya fuerzas para quejarse; no podía decir sino como Jesús, con la certeza de no ser oída: « ¡Dios mio! apartad de mí ese caliz. »

El apóstol no le habló, en este momento terrible toda palabra hubiera sido impotente. La cogió dulcemente el brazo que colocó en el suyo, y guiandola como á un niño tímido, volvieron á tomar el camino de su casa.

La joven no se volvió aún para dirigir una última mirada á su palacio, bajó la cabeza sobre el pecho sin decir nada á su guía compasivo.

Apenas habían dado algunos pasos en la calle, que, en la oscuridad, tropezaron con un hombre que, con la espada en la mano, se defendía de otro en una lucha encarnizada.

Vuelta en sí de su letargo, la hija del gobernador dió un grito, acababa de reconocer á este hombre.

— ¡Estévan!

— ¡Dolores!

Exclamaron al mismo tiempo, tan irresistible es esa fuerza de atracción, ese fluido invisible y magnético que circula al rededor de nosotros á la sola aproximación del objeto amado, que el aire que vibra al rededor de él nos le hace reconocer.

Dolores arrastró á Estévan.

La luca cesó un instante; una joven agarrada al brazo del otro combatiente, que llevaba el grosero traje de los hijos de Garduña, parecía querer arrancar el puñal de su mano, y con súplicas ardientes pedirle una gracia que no quería conceder.

— ¡No puedo! ¡te digo, exclamó de pronto este hombre con voz vibrante y concentrada; no puedo, *Culebrina*; he prometido matarle, es preciso que muera!

Al decir esta palabra, el extraño *guapo* se halló cerca del apóstol, que se había adelantado algunas pasos, alarmado de este incidente.

La joven le reconoció. Sin soltar el brazo del hombre que le detenía de una manera vigorosa, á pesar de sus esfuerzos para desprenderse, cayó á los pies del apóstol.

— ¡Oh padre mio, dijo, impedid á *Manofina* que mate á ese joven! No tenemos bastantes muertes como esta?

— ¡El apóstol! dijo el bravo, que le reconoció también, é inclinó humildemente la cabeza ante el hombre de Dios.

— *Manofina*? dijo el fraile que conocía todos estos hombres por sus nombres, *Manofina*, quien te ha dado la misión de matar?

— La sociedad de la Garduña, padre mio, á la cual pertenezco en cuerpo y alma; es mi oficio *bautizar* y *oscurecer*, como el vuestro confesar y predicar. Dejadme hacer mi obligación, y no *eclipsar* el dinero que me dan por eso.

— *Manofina*, dijo el fraile, crees en Jesucristo?

El bravo se inclinó á este nombre sagrado.

— Sin duda, mi reverendo padre; yo soy buen católico, por ese quiero hacer mi oficio con conciencia. La justicia antes de nada; he prometido matar, es preciso que mate.

— « El que con hierro mata con hierro morirá, » prosiguió el apóstol. *Manofina*, en verdad te lo digo, ¡el oficio que tú tienes es un oficio de sangre, y Jesús tiene horror de la sangre, hijo mio!

— Y si yo renuncio á este oficio, padre mio, la inquisición, á quien no querría ya servir, me harán quemar como hereje ó me obligarán á salir de España, como hace con todos los pobres moriscos que se van de Sevilla á millares. Entonces ¿qué sería de esta mujer que es mia y mantengo?

— ¡Que importa! exclamó la *serena*, enternecida con la dulce palabra del apóstol, más vale morir que vivir así.

— Pero, mi hermandad, dijo el bravo, ¿puedo yo abandonarla?

— No, dijo el fraile, demasiado filósofo para creer que se podía así en un instante separar á este hombre rudo de los hábitos de toda su vida.

« No dejarás la hermandad de la Garduña; pero como una buena acción perdona muchos crímenes, no te emplearás ya en adelante más que en salvar las víctimas de la inquisición.

— Pero la engañaré, dijo el bravo, siempre celoso de su singular probidad, de su fidelidad caballeresca á los estatutos de su orden.

— La intención hace todo, replicó el fraile; ¿no tendrás intención de hacer bien? no harás bien con efecto.

Era contra su opinión que el apóstol, ese leal y valiente defensor del Evangelio, empleaba esta sutileza que luégo llegó á ser el arma de un orden célebre⁽¹⁾, el medio con que ha trastornado el mundo, y esparcido por todas partes el veneno de la hipocresía; pero ciertamente, si alguna vez la sutileza fué santa y permitida, era en este momento, en que el hombre de Dios renuncia todas sus fuerzas persuasivas para evitar innumerables males por su ascendiente sobre un solo hombre.

El bravo le escuchaba con recogimiento; una duda le quedaba todavía.

— Y vos, padre mio, dijo en fin, ¿me absolvéis de todas las infidelidades cometidas contra mí hermandad? Con esta condición, haré todo lo que quiera vuestra beatitud, porque sereis único responsable de la salvación de mí alma, y no puede estar mejor que en vuestras manos.

— Yo te absolveré cuantas veces salves una víctima, y lo mismo de todos los asesinatos que no cometas. Vé en paz, hijo mio, y Dios te guie.

(1) Los jesuitas.

El bravo cayó á las rodillas del apóstol al lado de la *serena*, y sus cabezas se inclinaron bajo sus manos reunidas para bendecirlos.

— Nos ha casado, dijo muy bajo la *serena* al levantarse.

Y esta gitana vagamunda, educada como el pájaro de los bosques, sin otra guía que los instintos de su salvaje naturaleza, se estremecía con una emoción casta y religiosa; acababa de ver el cielo en el amor, la consagración del más puro sentimiento del alma.

A pocos pasos de ellos, Estévan y la hija del gobernador confundían su dolor y sus lágrimas; la alegría de volverse á ver había á lo menos traído este alivio á su desesperación, que no ardía ya en su pecho sin poder partirse á lo exterior. La esperanza, triste, fugitiva y una esperanza, la esperanza, que nunca abandona al amor, se sonreía en medio de su cielo sombrío.

— Ves, dijo la *serena*, cuyo instinto de mujer había todo adivinado, ves, *Manolina*, cuan desgraciados seríamos, si, en lugar de hallar á su bello futuro, esta pobre señorita, hubiese tropezado con su cadáver.

— *Culebrina*, dijo el *guapo*, me parece que la voz del apóstol me ha dado una segunda vida y que no soy ya el mismo hombre que esta mañana. ¡Jesús!; cuanta gente tengo que salvar para borrar toda la sangre que he vertido! conozco que será preciso dejar la sociedad de la Garduña.

— El apóstol ha dicho que una buena acción perdona muchos crímenes, respondió la *serena*; está pues tranquilo, *alma mia*, y no te se dé por lo demás. Su reverencia está encargado del cuidado de tu alma, y si dejamos la Garduña, el Dios, que alimenta á los animales, mantendrá también á dos pobres criaturas cristianas.

El *guapo* y su compañera se alejaron.

Estévan y Dolores habían olvidado todo por llorar juntos.

— Venid, hijos míos, dijo el apóstol; nosotros veremos mañana de elegir un retiro para mí hija Dolores.

— Padre mio, dijo Estévan, sería preciso resolver, yo creo, el huir de esta desgraciada tierra de España, que devora sus hijos más puros.

— ¡Huir, cuando mi padre esta preso! ¡exclamó Dolores, Estévan! ¿lo habeis podido pensar?

— Más os perdereis sin fruto, dijo el joven; partireis

sola, Dolores; ireis á esperarme fuera de España, mientras que yo emplearé mi crédito y mi fortuna para salvar á vuestro padre.

— ¡Salvar los vivos! dijo en voz baja, ¡cuando la inquisición no respeta las cenizas de los muertos!

— Callad, padre mio, dijo Estévan, que lo habia oido; no quitemos toda esperanza á esta desgraciada joven.

— Yo no dejaré la España sino con mi padre, dijo resueltamente la hija del gobernador.

— ¡Pobre joven! pensó el apóstol conmovido; tú tienes, tú tambien, una de esas almas de abnegación que conducen siempre al Calvario.

— Hija mia, dijo, mañana os llevaré al convento de las carmelitas.

— Estévan, dijo muy bajo la joven, ¡cuidado! la inquisición tiene los ojos puestos en tí.

Habian llegado delante de la casa del apóstol. Dolores entró la primera, Estévan se detuvo fuera, no atreviéndose á entrar.

— Venid ambos, hijos míos, dijo el franciscano; pasaremos juntos la noche en orar; venid, porque será preciso dejaros mañana.

Estévan le siguió en silencio.

La puerta se cerró tras ellos.

VI.

Estévan de Vargas.

Cerca de once años antes de la época en que se pasaban todas estas cosas, habia tenido lugar el advenimiento del cardenal Alfonso Manrique, arzobispo de Sevilla, al puesto eminente de inquisidor general de Castilla. Ya, hacia mucho tiempo, bajo el reinado de los predecesores de Manrique, el odio de los españoles contra el santo oficio habia vivamente roto en conspiraciones tardías, en revoluciones continuas, en quejas vehementes formuladas con altivez, y llevadas hasta el tribunal de los papas, cuya cobarde complacencia y el interés particular auxiliados de la debilidad egoísta de los reyes, permanecieron impasibles ante las miserias de la España.

La inquisición la cubrió impunemente de hogueras, despobló las ciudades, esterilizó los campos privándolos de los brazos que los cultivaban, y de un país rico, caballeresco, amante de las artes, de la libertad, de la gloria, hizo una vasta catacumba en que el aspecto de los muertos espantaba á los vivos; una arena vergonzosa en donde caían sin combatir, en que la mano infamante del verdugo echaba la mancha en las frentes más puras como un signo de ese horrendo déspota que llevaba una corona de llamas y un cetro de hierro.

Pero mientras que la cobarde política de lo reyes dejaba así diezmar este hermoso reino, nobles españoles, corazones llenos de ardor, abrasados de amor por la libertad, protestaban altamente, con peligro de su vida, contra las iniquidades del tribunal de la inquisición (1).

(1) Se cree generalmente que la España ha sufrido paciente y cobardeamente el yugo del despotismo de la inquisición; es un error.

En el número de estos heroicos defensores de los derechos de la humanidad se hallan nobles castellanos, sabios y santos obispos y aún miembros del consejo de Castilla. La España estaba entonces en estado de insurrección permanente; esta generosa cruzada contra la inquisición, no siendo sostenida por los reyes, y no pudiendo serlo eficazmente por el pueblo doblegado bajo el yugo del fanatismo, y demasiado ignorante entonces para comprender su verdadera fuerza, permanecía impotente para destruir la idra devoradora. Todo se limitaba á varias medidas ineficaces, á falaces servicios obtenidos con gran trabajo contra algunos inquisidores demasiado audaces. Así, veinte y seis años antes, Felipe I había suspendido de sus funciones al gran inquisidor Déza y á su amigo el inquisidor de Cordova, Lucero, cuya horrible crueldad declaraba casi á todos los acusados, que confesasen ó no, culpables de reticencia, y les hacia así condenar como falsos penitentes (1).

Entre los señores españoles hostiles á la inquisición, el joven Estévan de Vargas se había hecho notar por la

Los españoles no han cesado jamás de luchar por su libertad política y su libertad religiosa. Desde principios del décimoquinto siglo, los *comuneros* y las *Cortes* han protestado siempre con energía contra el despotismo hipócrita ó estúpido de los reyes, y contra la avaricia insaciable de los frailes y de Roma. Padilla, Bravo, el gran justicia de Aragón y otros millares de defensores de los derechos de la humanidad, han pagado con su sangre los esfuerzos que les han hecho libertar á la España del despotismo real. Juana Bohorques, Maria Bourgoña, denominada la *madre de los pobres*, Rodriguez de Valero, y muchos otros cristianos según Jesucristo, han sido mártires, cuya sangre ha fecundado la religión del Evangelio y marcado en la frente con un estimate de infamia los soberbios verdugos que se atrevían á denominarse sacerdotes de un Dios digno.

Y no digan que todos los que han sido perseguidos por la inquisición eran heréticos Juan de Avila, san Juan de Dios, santa Teresa, san Juan de la Cruz, fray Luis de Leon, fray Luis de Granada, Mariana, es decir hombres que Roma misma se ha visto obligada á proclamar santos, y cuyo talento ha llenado la Europa, han sufrido persecuciones de ese tribunal odioso, que se hubiese podido llamar *corresponsal del infierno*, y han constantemente luchado con su elocuente palabra contra ese poder inicuo, contrario á todas las leyes de Dios y de los hombres. (*Sumarias de la inquisición, y Historia general de España por MARIANA*).

(1) Cuando una de las víctimas de la inquisición confesaba todo lo que querían y se sometía á todas las penitencias y humillaciones que exigían de ella, el tribunal se veía obligado á relajarla y contentarse con alguna gruesa multa, según las mismas leyes inquisitoriales. El ingenio destructor y avaro de Deza y de Lucero halló el medio de no contentarse con tan poco, acusando á los que se les escapaban así, de haber hecho confesiones falsas, y declarándolos falsos penitentes. Los falsos penitentes eran quemados ó condenados á prisión perpetua, y todos sus bienes confiscados. (*Historia de la inquisición, reinado de Deza*).

aspereza de su indignación. Descendía de una de esas ilustres familias moras que, ántes de la conquista de Granada, habían voluntariamente abrazado el cristianesimo (1).

Joven, ardiente, apasionado, Estévan poseía esa belleza varonil y poetica que demuestra más la energía de la inteligencia que la fuerza del cuerpo. Su tez morena, de una finura extrema, tenía esos tonos dorados, cuya vaga transparencia deja apenas adivinar, bajo el tejido delicado de las venas, la circulación rápida de una sangre rica y ardiente.

Sus ojos negros, dulces y tranquilos, brillaban al menor movimiento del alma. Tenía esa estatura elevada, suave y graciosa, que era el patrimonio de las bellas razas moras, y sobre su frente pálida cabellos negros presentaban su sombra espesa y coronaban esa bella cabeza, hecha para llevar una corona de oro ó más bien de laurel; porque Estévan tenía la poesía que encanta, la elocuencia que persuade y arrastra; y su filosofía poderosa era digna del maestro que había seguido.

Estévan se había alimentado del Evangelio.

Sin dar en ninguna secta particular, sin adoptar las doctrinas de Lutero ó de Melanchton, sin ser anabaptista ó *iluminado*, extremos que le parecían todos igualmente absurdos, Estévan había arreglado su vida á la pura moral de Cristo: su filosofía era la caridad, la caridad excesiva, la caridad en sí misma, en sus practicas, la caridad siempre, bajo todas las formas. Su culto, Dios, Dios grande y puro, Dios separado de todas las pasiones humanas, Dios origen de la vida, prodigando al hombre bienes sin tasa, y no

(1) Algun tiempo antes de la conquista de Granada por Fernando de Aragón y de Isabel de Castilla, es decir, hacia el año 1493, un grande número de caballeros de las tribus de los abencerrages, gomeles y gazules, exasperados por las crueldades de Mulei Hussán y fatigados de la debilidad de Boabdil, dejaron la ciudad mora, fueron á presentarse á los reyes católicos y abrazaron la religión cristiana. Los reyes católicos aseguraron por leyes especiales grandes privilegios á estos caballeros, y les concedieron grandes favores. Por su parte los nuevos cristianos hicieron eminentes servicios á la corona de Castilla, combatiendo con valor por la causa de España y por la del catolicismo, que habían abrazado de buena fé (*Historia de las guerras civiles de Granada, por GINES DE HITA*). Bajo Deza y después de él, los descendientes de estos caballeros, es decir la flor de los caballeros andaluces, fueron designados con el apíteto de *marranos* y perseguidos como heréticos y como rebeldes. Pocas palabras explicarán esta persecución. Los descendientes de los caballeros moros convertidos en tiempo de los reyes católicos, eran todos muy ricos, y la inquisición amó siempre mucho las riquezas.

exigiendo en retorno más que un amor semejante al suyo, indulgente para los malos y socorredor de todos, y por toda glorificación, una vida pura, amante y decidida.

Todo lo demás no era, á los ojos de Estévan, más que juguetes más ó menos frívolos, ó medios vergonzosos y culpables.

La sublimidad de su alma, la profundidad de sus convicciones, la elocuencia de su palabra, daban al joven filósofo ese poder de fascinación que arrastra las masas. A su voz, el pueblo, exaltado, se habria sublevado como por magia, y habria hecho temblar al horrendo tribunal. Su padre, miembro del consejo de Castilla, en 1502, habia por su valerosa oposición, favorecido el establecimiento de esa junta conocida por el nombre de *congregación católica* (1), llamada á reprimir los excesos, re-

parar las injusticias del indigno Lucero (1), contra los habitantes de Cordova. Por desgracia, esta medida tardía é incompleta no fué más de una tregua falaz concedida á los españoles por la inquisición, hidra monstruosa cuyas cabezas renacian siempre después de haber sido cortadas.

El joven Vargas, hecho un hombre, tenia que luchar contra los mismos abusos, y acaso mayores todavía.

Que imperio no habia debido tomar un hombre como Estévan sobre un alma como la de Dolores!

El amor puro, el amor completo no nace en las almas vulgares; el amor de un ser fuerte por ser mediano no es amor verdadero, es entonces error ó debilidad. Pero esta fusión perfecta de dos almas que las hace vivir una misma vida, sufrir los mismos tormentos, que une los deseos y la voluntades de tal suerte que parece que no existe más que un solo ser en dos individuos, ese amor se forma solo en las almas hermandadas, semejantes, ligadas por una afinidad perfecta.

Fuerte por esencia. dotada de ese candor sublime, idólatrada de la verdad, que rechazan con horror toda máxima falsa ó baja, toda acción cubierta de disimulo ó mentira, Dolores tenia en Estévan esa fé ciega que nace de una admiración profunda. La elevación de su alma, las crueles peripecias de su existencia, aunque joven, su tendencias religiosamente filosóficas y la entera pureza de su corazón, habian, por decirlo así, espiritualizado su amor.

Prometidos el uno al otro por la voluntad de sus padres, sentian que su unión no dependia del consentimiento de los hombres; que ya, por una convención tácita é inviolable, sus almas estaban ligadas la una á la otra, que la muerte misma no podria separarlas. Así su amor era apacible en apariencia; esperaba con alegría, pero sin turbación y sin impaciencia, la época que haria su unión perfecta á los ojos del mundo. Conocian que esta consagración podia aumentar su felicidad: pero esta fe-

blicada en Valladolid en medio de aplausos del pueblo, que creia haber en fin quebrantado el yugo de la inquisición. Pobre pueblo! en su lealtad ignoraba que la inquisición, concediéndole una falsa tregua, se reservaba mejor herirle en lo futuro, después de haberle enredado bien en los lazos de estas astucias sin número que el clero ha sabido emplear siempre para engrandecer su poder temporal. (Historia de la Inquisición).

(1) Lucero habia recibido de los españoles el apodo de *tenebrón*.

(1) Durante el gobierno del inquisidor general Deza, y de su protegido el inquisidor de Cordova Lucero, las crueldades, ó, por mejor decir, las iniquidades del santo oficio, exasperaron tanto á los españoles, que de todas partes se levantaron voces elocuentes contra estos hombres, que, con el nombre de defensor de la fé, hubieran hecho dudar de la fé á los apóstoles mismos. Deza, después de haber sido suspendido de sus funciones por Felipe I, volvió á ellas á la muerte de este principe, acaecida en 1506 en el cuarto mes de su reinado, y al momento destruyó todo lo que habia hecho el consejo de la suprema y restableció á Lucero en las suyas. Desde entonces comenzó una persecución atroz contra el santo obispo de Granada, Fernando de Talavera, y contra el sabio Antonio de Nebrija; este último denunciado al santo oficio por haber descubierto y corregido muchos errores que se habian introducido en el testo latino de la *Vulgata*. Estas persecuciones, juntas á las crueldades de Lucero, fatigaron á los andaluces, que se sublevaron, forzaron las prisiones del santo oficio, y hicieron salir á los presos, cuyo número era innumerable. El fiscal, el escribano del tribunal de la inquisición y muchos empleados subalternos fueron presos en Cordova y Lucero no debió su salvación sino á una pronta fuga. Estos sucesos, unidos juntos á la llegada de Fernando V, regente del reino, á España, inspiraron tanto terror á Deza, que renunció su empleo después de haber hecho quemar vivas á 2502 personas y la efigie de 829, y haber sido condenado á prisión perpetua ó á las galeras con confiscación de sus bienes á 32,952.

Para conocer la causa de las numerosas personas arrestadas en la ocasión de esta revolución, fue que el inquisidor Cisneros, sucesor de Deza, más político y no menos cruel que su predecesor, solicitó y obtuvo del rey el permiso de formar una junta compuesta de veinte y dos personas notables del reino, para terminar convenientemente los procesos intentados á los habitantes de Córdoba, por el inquisidor Lucero. Esta junta, que tomó el nombre de Congregación católica, tuvo su primera reunión en Burgos en 1508. Después de un trabajo de muchos meses, la junta declaró: 1º que los testigos oídos todos los acusados que se hallaban en las prisiones eran inocentes y debian al momento ser puestos en libertad: 2º que la memoria de los que habian sido quemados seria rehabilitada, en fin que las casas arrasadas, por orden de Lucero y Deza debian ser reedificadas á cuenta del tesoro. Esta decisión de la Congregación católica, recibió su entera ejecución después de haber sido solemnemente pu-

licidad, la esperaban tranquilos; tanto el espíritu dominaba á la materia en ellos.

Durante el día que Dolores habia pasado en la habitación del apóstol, le habia sencillamente referido su vida, su infancia piadosa, su juventud pura e ilustrada, su amor por el noble Estevan.

Y el apóstol, hombre de corazón ardiente, lleno de indulgencia, en quien, acaso el recuerdo misterioso de un casto amor destruido por la mano de los hombres ó por la de la muerte, habia solo cambiado de nombre y se llamaba ahora caridad; el apóstol, movido por esta confesión interesante, no habia dudado en decir al joven:

— Entra en mi casa con tú futura, el amor puro no ofende al Dios del cielo, es un homenaje rendido á su poder.

Cuando estuvieron reunidos los tres en esta humilde morada cuyas blancas paredes no tenian otro adorno que la imagen del que murió en el Calvario:

— Hijos míos, dijo el religioso, bendecid á Dios que os castiga; las persecuciones de los malos son otras tantas coronas para la otra vida. ¡Bien aventurados son los que pasan en la tierra orando y llorando!

— Padre mio, replicó el joven, vuestras palabras son santas y consoladoras, y yo adoro como vos la mano que pesa sobre nosotros; ¿pero nosotros jóvenes de vida fuerte y llena de savia, nosotros caballeros españoles, cuyos padres han siempre lealmente servido á la religión cristiana ó la han voluntariamente abrazado con fé y convicción; nosotros, fieles observadores de la ley de Cristo, esa ley de amor y de indulgencias, podríamos, sin ser cobardes, soportar el yugo de un poder inicuo que en nombre de Dios, desprecia impunemente todas las leyes divinas y humanas? ¿La rebelion contra él no es un deber?

El apóstol permaneció algunos instantes sin responder, parecia reflexionar profundamente.

— Hijo mio, dijo al fin, yo creo que el poder inquisitorial es un abuso que es preciso combatir con la cuchilla de la palabra, con la lógica, con la verdad, y no con la insurrección, hija de la cólera y el odio, y partiendo ciega, y apasionada, sin regla, sin freno, sin medida; yendo siempre demasiado lejos ó no lo bastante: vaso de agua echado sobre un inmenso incendio, que, en lugar de apagarle, irrita el furor de las flamas.

— ¡Sí! dijo Estévan con un movimiento enérgico, mas á la boca elocuente se pone una mordaza; se sofoca la verdad bajo los grillos, y la lógica.... ¡O padre mio! sabéis muy bien lo hábiles que son en combatirla. El sombrero ingenio de la inquisición lo sofoca bajo los nudos deshechos por sutilezas de todo genero, ó la oprime con los hierro del despotismo; matán á todos con esa frase: « en nombre de Dios, » y el pueblo ignorante dobla la cerviz. Tiene miedo de ser sacrilego sublevandose.

— El pueblo sufre, contestó el apóstol; porque en todo tiempo, su fuerza es la resignación: ¿cuando demasiado fatigado del yugo, se rebela y echa a tierra, para que le sirve? para cambiar de señor, he ahí todo. Su sangre, y sus esfuerzos no sirven más que á los poderosos, á los jefes de la revolución; en cuanto á él, sigue sufriendo y esclavo.

— Padre mio, dijo Estévan con voz grave, cuando los jefes son puros el pueblo es feliz; la desgracia no está en la obediencia, está en el odio por el que manda.

— Sin duda, respondió el apóstol; porque el que es digno de mandar se hace voluntariamente el hermano y el igual de los que le obedecen: no es superior más que por la inteligencia.... es el piloto que tiene el timón para salvar la embarcación.

— Padre mio, interrumpió el joven, ¿que tienen de comun un jefe que gobierna per derecho ó elección, y ese poder bárbaro que, en nombre de Dios, despuebla la España y la cubre con un manto fúnebre?

— ¡Dolores! replicó vivamente Estévan, si el que gobierna fuése un buen pastor, no dejaría esquilan sus ovejas por ávidos especuladores que introducen la tijeras hasta la carne, para sacar más lana y la sangre del rebaño. Lo tolerancia del rey por la inquisición no es más que el cálculo de una política avarienta. Es el amor del oro el que cubre el reino de hogueras.

El apóstol levantó los ojos al cielo, y dos lágrimas santas se deslizaron á lo largo de sus pálidas mejillas.

— Hijo mio, dijo, Dios iluminará á los reyes sobre sus verdaderos intereses y tocará su corazón con una compasión eficaz. La voz de los predicadores del Evangelio acabará por ser oída; muchos de ellos, con un valor heróico, con un valor tan grande como el que arma el brazo de una espada, se levantará en el pulpito contra los errores del fanatismo, y, con riesgo de su vida, predicarán la doctrina

de Jesucristo en su pureza y su sencillez primitivas. Esperemos en ellos, hijo mio; la fuerza de la convicción es más poderosa que la de las armas, y el día del triunfo de los verdaderos cristianos no está acaso lejano.

— Padre mio, dijo Estévan, nos recomendais la paciencia y la resignación, y sin embargo os he oído, en nuestras iglesias, elevar vuestra voz elocuente contra los escribas y fariseos de nuestros días; porque, no me engaño, prosiguió, considerando con admiración la noble fisonomía del apóstol; vos sois uno de esos valientes atletas que, hasta bajo del acha del verdugo, luchan con la palabra y las acciones contra los discípulos de Domingo de Guzman, ese fraile fanático que la corte de Roma ha hecho un santo.

— Yo soy el más humilde siervo de Dios, respondió el fraile con una verdadera humildad; en cuanto á la corona de los santos, Dios solo la dá, que lee en lo íntimo de los corazones.

— ¿Padre mio, preguntó Estévan, sereis partidario de la doctrina de ese ilustre reformador llamado Lutero, que ha convertido á su nueva doctrina tantos sabios doctores en teología, príncipes y aún obispos?

— ¡Soy cristiano, respondió el religioso, toda controversia me parece un sacrilegio hácia esa ley tan sencilla, tan humilde y tan dulce que nos ha traído Jesús. A fuerza de dogmatizar, hijo mio, se pierden en incomprendibles tinieblas, y la fé, la caridad, que son la base de nuestro culto, se entibian ó desnaturalizan; porque toda desunión arrastra consigo la acritud ó la duda. ¡La religión cristiana es tan sencilla! ¿por qué herizarla de dificultades de toda clase? ¿por que, sobre todo, ponerla al servicio de las pasiones humanas?

— Padre mio, dijo Estévan, vuestra religión es la mia y la de Dolores; he ahí porque se nos mira como hereéticos.

— Cristo tambien fué condenado como impio y blasfemo. ¿De qué os quejais, hijo mio? es bello sufrir por su doctrina.

Dolores escuchaba con admiración estos dos hombres de una fé tan pura, y el temor de la inquisición que la habia atormentado, se disipaba ánte estos sublimes pensamientos que fortificaban su valor.

Se pasó así esta noche cruel que habia traído, para los juvenes prometidos, á tan deplorables cambios en su

destino. El apóstol los consolaba ú oraba con ellos y, inspirandoles la resignación, daba más fuerza á su esperanza.

La necesidad del sueño no se habia hecho sentir; cuando el alma está vivamente asustada, domina al cuerpo, que entonces la obedece como esclavo, y este imperio del espíritu sobre las necesidades físicas parece aumentar todavía la fuerza y brillantez de la inteligencia.

Una fiebre generosa circulaba por la venas de la joven, habria en este momento sufrido el martirio con alegría, si su muerte hubiese podido salvar á sus hermanos, volver la tranquilidad y la libertad á la España.

Hácia la mañana, un debil resplandor mezclava sus sombras vagas á la líquida claridad de la lámpara que ardía en el cuarto; llamaron suavemente á la puerta.

Estévan y Dolores se estremecieron involuntariamente.

— No temais, dijo el apóstol, sin duda es uno de nuestros amigos.

Abrió.

Un fraile joven, vestido con un hábito de estameña negra ceñido á la cintura por un cordon blanco, se echó en los brazos del apóstol y posando su cabeza en su seno.

— Es tu hijo, dijo, que te necesita.

«Seas bien venido, dijo el apóstol besándole en la frente como hubiese hecho una madre; habla, hijo mio, dime lo que te trae.

El joven religioso se sentó.

— ¿Habla, hijo mio, repitió el apóstol, mostrándole los dos prometidos; son dos hermanos, dos amigos; habla, que quierdes?

— Padre mio, dijo el fraile joven, he querido poner en práctica las lecciones que tú me has dado; he juzgado, como tú, que no es bastante la predicación y que al cuidado de las almas, era preciso unir el del cuerpo. Ayudado por los donativos de algunas almas piadosas, y gracias á la sublime renuncia de algunos juvenes ilustres cuya alma ardiente y llena de amor no ha hallado más que un vacío en los goces de la tierra, he formado una corporación bastante numerosa, animada del solo deseo de ser útil á sus semejantes y de socorrer sus miserias. Por nuestros cuidados, un hospicio acaba de ser edificado en Cádiz ⁽¹⁾, destinado á recoger miembros que sufren

(1) Hospicio fundado por san Juan de Dios á mediados del decimo sexto siglo, para la curación de la lepra y de esa cruel enfermedad importada en Europa por los compañeros de Cristóbal Colón.

por Jesucristo. Nosotros los curaremos por nuestras manos, y trataremos, curando el cuerpo, cicatrizar las llagas del alma.

— Tu has tenido en eso un santo pensamiento, dijo el apóstol; la vida es bella cuando tiene un objeto tan noble.

— Mi querido maestro, prosiguió el fraile joven, una sola cosa me da pena. Los dolores de la humanidad son tan numerosos y tan varios, ¡que especie de miseria trataremos de aliviar!

— Hijo mio, respondió el apóstol, entre los miembros que sufren, los hay cuyos males, lejos de ser un objeto de piedad para sus semejantes, son por lo contrario motivo de odio y menosprecio; la sociedad entera los rechaza, y lejos de minorar y aliviar sus penas corporales, añade todavía otros dolores, los dolores morales más crueles mil veces. De estos es de quien hay que compadecerse, á estos es á quienes es preciso recoger y consolar.

— ¡Oh padre mio! exclamó el discípulo, la sabiduría está en vos, y la caridad habla por vuestra boca; vos habeis fijado mis incertidumbres.

«Si, entre los degradados, elegiremos los más infelices, todos aquellos á quienes ninguna persona se atreve á acercarse, y les daremos tantos más consuelos y alegrías, cuanto son más abandonados y más sin esperanza. Gracias, mi santo maestro, nuestros pobres enfermos os bendecirán, porque vos sois su padre (1).

Luego hablaron todavía largamente, aunque hubiesen pasado la noche sin dormir: el fervor que les animaba les hacía poco sensibles á las fatigas corporales. El joven religioso sometió á el de quien era discípulo los estatutos del orden que queria fundar; los discutieron juntos; la sabiduría, el número, la utilidad y los dos jóvenes amantes sacaron de su conversación, esta conclusión justa y verdadera, que toda la practica de la religión cristiana consiste en este solo proyecto:

«*Amaos los unos á los otros.*»

(1) San Juan de Dios ha consagrado sesenta años de su vida en aliviar la humanidad doliente. El y sus discípulos han descubierto la mayor parte de los específicos usados todavía hoy en el tratamiento de los males que se aplicaban á curar. Antes de morir san Juan de Dios, dotó á la España más de sesenta hospitales, todos servidos por religiosos de su orden. Porque todos los frailes no han sabido atraer sobre si las bendiciones de los pueblos como los hospitalarios!

Así fué fundada esta órden célebre, que existe todavía en nuestros días bajo el nombre de los Hospitalarios de san Juan de Dios; porque el joven religioso no era otro que ese gran predicador conocido luego por el nombre de san Juan de Dios. Esta vez, á lo menos, Roma hizo justicia concediéndole la corona de los santos que le habia hácia tiempo decretado la España.

La campana de la mañana tocó el *Angelus*.

Dolores y su prometido se unieron á los dos religiosos en esta oración matutina.

El día iba á parecer.

— Hijos míos, dijo el apóstol, es preciso deciros adios, Esta mañana conduciré esta joven al claustro para esperar allí en paz la voluntad del cielo. En cuanto á vos, joven, sabeis mi retiro; os repito lo que he dicho ayer á vuestra futura: «está siempre abierto para los que lloran.»

Dolores levantó al cielo sus ojos en señal de una resignación dolorosa.

Estévan no habló; la palidez de su semblante descubria solo los combates de su alma. Estrechó con fuerza la mano de su prometida, tendió la otra al apóstol, quien les miraba con una tierna compasión y salió pronunciando esta sola palabra:

— ¡Valor!

Una lágrima sola se deslizó por la pálida mejilla de la hija del gobernador. El apóstol salió con su discípulo querido.

Dolores estaba arrodillada delante de la imagen del Salvador. Al aproximarse el religioso, volvió la cabeza hácia él: viéndole pronto á partir, se levantó, y conteniendo un doloroso suspiro que oprimía su pecho:

— Padre mio, dijo, estoy pronta á seguirlos.

VIII.

Mano fina.

La hija del gobernador permanecía bajo la salvaguardia de su santo conductor. Volvamos á *Mano fina* que hemos dejado dominado por la impresión de una nueva conversión.

El bravo volvió lentamente con su compañera por el palacio de la Garduña: su tránsito fué silencioso; solamente por intervalos, *Mano fina* estrechaba con ardor el brazo de la *serena* que se apoyaba en el suyo, y con esta muda compresión, procuraba afirmarse en la resolución que había tomado.

De este modo llegaron hasta las ruinas que servían de paso á la extraña habitación de *Mandamiento*.

Ninguno de los miembros de la sociedad había vuelto todavía de sus expediciones nocturnas. Sólo, el maestro esperaba, sentado sobre un trozo de columna, contando con ávidos ojos, unos cuántos doblones. Aquí y allá algunas viejas *coberteras* habían tendido sus mandiles en el suelo, y dormían, sobre esta pobre cama, un sueño profundo y tranquilo.

Advertido por el ruido de los pasos de la joven pareja que se adelantaba por entre la oscuridad, el maestro levantó con precipitación la cabeza, y viendo al bravo, exclamó lleno de gozo:

— ¡Eh! es *Mano fina*, siempre el primero en cumplir con su obligación. ¿Don Estevan de Vargas?...

— Está tan bueno cómo usted y yo, respondió el *guapo* con voz lúgubre.

— ¡Por san Pedro! exclamó *Mandamiento*, acaso algun hechicero hizo pedazos tu puñal en la vaina, bravo

mio, ¿ó que talismán posee don Estávan para librarse de tú acero?

— Ni lo uno ni lo otro, maestro. He venido á deciros que estoy cansado de *osmecerer*, y que no pertenezco ya á la cofradía. Ahí teneis el dinero que me habeis dado.

Y echó una bolsa á los pies del citado *Mandamiento*.

— ¡Qué mil demonios habías, *Man-fina*, dijo el maestro, ó el espíritu maligno ha tomado tú forma para engañarme y hacerte daño!

— Yo soy en carne y hueso, maestro, replicó el *guapo*, yo que vengo á despedirme de vos, y daros gracias por la protección muy particular con que me habeis honrado.

Mandamiento frunció el ceño: se volvió hácia la *serena* que permanecía detrás del *guapo* con aire humilde y los ojos bajos.

— ¡Y tú, *Culebrina*! dijo el maestro, ¿quieres también renunciar á las gracias y beneficios del oficio, por seguir á ese loco que no tendrá ya otro pan que darte que la infame *melopía* (*) de los frailes?

— Yo renuncio, respondió la joven acercándose al que amaba.

— ¡Raza de locos! murmuró el maestro.

Manofina no respondió.

Mandamiento, habiéndose levantado de repente de su asiento de piedra, se puso á pasear apresuradamente por la sala, murmurando palabras ininteligibles.

Era la hora en que volvían por lo común los miembros de la cofradía; venían á dar cuenta al *capataz* del resultado de sus misiones respectivas. Poco á poco la habitación se llenó de gente: el maestro, siempre absorto, no habia todavía mirado ni cuestionado á nadie.

En fin la reunión estaba completa: no faltaban más que algunos *chiratos* merescos, personajes de poca importancia. Todos los doctores de la orden estaban reunidos, y observando que *Mandamiento*, absorto en sus ideas tristes, no pensaba ya en ellos cómo si fuesen personas de otro mundo, *Cuerpo de hierro* se encargó de

(*) *Melopía*. Así se llama en España la sopa, por mejor decir, el horrible guisado que los frailes distribulan á los numerosos mendigos, de que el país estaba lleno gracias al fanatismo y la crueldad de la inquisición. La palabra *melopía* es una corrupción de *melocopa*, mezcla derivada del verbo *melocar*; el autor en su capítulo XVI dara exactos portuñeros, por desgracia demasiado ciertos, de esta *caridad* monacal.



acercarse al jefe y tirándole suavemente por la manga de la camisa:

— Maestre, todos tus hijos han cumplido su mandato.

— No todos, exclamó el maestre lanzando una terrible mirada sobre *Manofina*, que estaba separado al lado de la *serena*.

Todos miraron al *guapo* apóstata.

Manofina no bajó los ojos, miró á sus antiguos compañeros con aire enteramente tranquilo y no respondió.

— ¿Qué decis? exclamaron los demás; ¿es eso posible, maestre?

— Sí, contestó *Mandamiento* con voz ridículamente solemne: un guardaño ha faltado á su promesa; la sociedad pierde de un golpe dos de sus más fuertes apoyos, y esa vil defección nos acarrea grandes desgracias.

« Sí, prosiguió el maestre designando con una seña á *Manofina* y á su compañera, que parecían impasibles, la *orden* pierde en ellos dos de sus mejores hijos; pero pierde más que eso todavía, pierde su reputación de probidad, su fama hásta aqui sin tacha, adquirida por largos y peligrosos *servicios*. ¿Qué dirán los nobles señores? ¿que dirán las bellas damas? ¿qué dirá sobre todo el clero, nuestra mejor clientela? ¿qué diran los dominicos, que han llenado nuestras arcas de doblones? Vamos á pasar en todo el reino de Andalucía por miserables estafadores que toman dinero para *oscurecer*, y no oscurecen. Se nos comparará á los alguaciles que se les paga para prender ladrones y no arrestan sin los hombres honrados, ó á esos frailes sin fé que hacen que se les pague diez veces una misa de las que no dicen la mitad.

« ¿Comprendeis, hermanos? continuó el maestre animándose progresivamente al sonido de sus propias palabras; ¿comprendeis en qué cólera entrará el grande inquisidor, cuando sepa que un *oscurecimiento* mandado por él no ha sido ejecutado? ¿Y el señor arzobispo no dirá tambien que somos cobardes y ladrones? Y perderemos la protección de don Pedro Peláderas y Martinez y Cabrera, el *colmilludo* (1), protector de nuestra orden

(1) El *colmilludo*; habia en efecto en esta época un empleado en corte cuyas funciones tenían el medio entre las de bufon del rey y sobre todo de los grandes de la corte, y lisonjero ó por mejor decir reunia estos dos empleos. Lo sevillanos pretenden todavía hoy que el *colmilludo* era el jefe de la *Guarduña*; y cuando quieren exagerar la destreza ó maldad de un bandido, dicen: es más ladrón y más malo que el *colmilludo*.

y farolero del rey, nuestro señor don Carlos, que Dios guarde. ¡Oh *Manofina*! ¡*Manofina*! vuelve en tí y repara un momento de debilidad.

La reunión habia escuchado este extraño discurso con profundo estupor.

Desde que *Mandamiento* dejó de hablar, algunos *fueles* hipócritas se acercaron á *Manofina*.

— Hermano, le dijeron, es posible que tú nos abandones, ¿no es cierto?

— Es cierto, respondió el bravo con voz breve.

Por otra parte, dos *coberteras*, de las más viejas y más repugnantes, se habian aproximado á la *serena*, y con palabras dulces y envenenadas lisonjas pretendian atraerla á su primera vocación.

— Es inútil, respondió; lo hemos dicho, no variaremos.

— ¡*Manofina* estafador! exclamó un *guapo* promovido la *vispera*.

— *Manofina* no es estafador, respondió el bravo; ha devuelto el dinero que habia recibido: pero declara ante todos que ha faltado, que el oficio le desagrada y que renuncia sus títulos y sus privilegios.

Manofina hablaba con voz tranquila; no era ya aquel hombre turbulento de la *vispera*, sediendo de acciones peligrosas y horribles; era un hombre fuerte y valeroso convertido por la palabras del apóstol, amando siempre el peligro y los riesgos, pero no el peligro sin objeto: todo su ardor belicoso se volvía sin embargo contra los opresores de los débiles, contra los esbirros de la inquisición.

— ¡A la *chimenea*! ¡á la *chimenea*! exclamó el nuevo graduado.

— Hermano, replicó severamente el maestro, la cofradía de la *Guarduña* no ha entregado jamás á la gran *chimenea* de Sevilla, ni aún los más culpables de sus hijos. Si son débiles, haraganes ó torpes, los degrada y los despide; si son traidores, los oscurece, pero no encarga jamás á *Mateo* su venganza.

— Maestre, dijo *Manofina*, la cofradía no entrega á sus hijos, y sus hijos tampoco la venderán; jamás tendrá nada que temer de mí.

— Hijo mio, contestó el maestre enternecido, ¿por qué quieres dejarnos? ¿tienes algo de que quejarte de mí? todavía puede reparar tu falta.

— ¡Jamás! respondió *Manofina* con resolución.
— ¿Sabes, replicó *Mandamiento* irritado, que todo miembro infiel merece un castigo?
— Todo miembro infiel incurre en la degradación; degradadme pues y todo se acabó.
— Debes saber que hay ciertos casos en que se le *oscurece*, repuso con serenidad *Mandamiento*.
— No se oscurece sino á los traidores, y yo no soy traidor.

— Pero...
— Pero se podría temer que lo fuese, quieres decir, y entonces se me oscurecería, ¿no es eso? añadió el bravo con aire desconfiado. Bueno, aconsejo al que se encargue de esa misión, que diga devotamente el *conflicor*; porque, por las barbas del rey, tendrá mucho que trabajar. Mi puñal no estará ya á la disposición de que le busque, pero estará siempre pronto para defenderme.

El desafío de *Manofina* hirió el amor propio de algunos *hermanos* que echaron mano á sus puñales. La *serena* á quien este movimiento no habia escapado oprimió convulsivamente el cabo de su hojita andaluza.

El *guapo* promovido la víspera se acercó á *Manofina* con aire burlon y le dijo en voz baja:

— No habia creído jamás que pudieseis tener miedo, *Manofina*.

El *convertido* se sonrió con desdén.

— Qué haceis ahí, dijo el maestro; no sabeis que no se puede hablar con voz baja durante las sesiones solemnes?

— Decía á *Manofina*, repitió el nuevo graduado, que es lastima que se haya vuelto tan cobarde; por que yo sostengo que es el miedo quien le hace no cumplir su obligación.

Apenas estas palabras habian sido pronunciadas cuando el *guapo* de la víspera, envuelto como en un torbellino por el más vigoroso bofeton aplicado por la mano del terrible *Manofina*, fue rodando á los piés de *Mandamiento*.

Veinte puñales relumbraron al instante sobre la cabeza de *Manofina*.

Mas el sin desconcertarse, enrolló su capa al brazo izquierdo, cogió su puñal en la derecha, y poniéndose en guardia pronto á arrostrarlo todo, esperó á los combatientes á pié firme.

La *serena* viendo esto, enrolló tambien su mantilla al brazo izquierdo, y colocandose de espaldas con el bravo, esperó, con el puñal levantado, á los que hubiesen querido atacar á su amante por detrás.

Nadie osó hacer el menor movimiento.

— ¡Y bien! dijo *Manofina*. ¿no es más que eso?

— ¡Avanzad pues, gallinas! exclamó la *Culebrina*, con los ojos llenos de fuego como un tigre; ¡avanzad pues por ver si hemos olvidado el *bautizar*!

Mandamiento permaneció impasible.

El *guapo* que ya una vez habia sido derribado, se levantó furioso como un chacal herido de una flecha, y se arrojó sobre *Manofina*; pero con gran sentimiento de los concurrentes, rodó de nuevo por el suelo. *Manofina*, cubriéndole la cara con su brazo izquierdo, le habia dado al mismo tiempo una fuerte patada que le habia derribado nuevamente.

Los demás miembros de la Garduña no habian chistado.

— ¡Señores, sois un monton de cobardes! exclamó *Manofina*, quereis dejarme *oscurecer* á ese *potro* que tiene más ardor que experiencia.

— *Manofina*, dijo entonces el maestro, ese *potro* como le llamas, tiene derecho á una satisfacción, y tu eres muy valiente para negarsela.

— Estoy pronto á darle todas las satisfacciones que quiera pero en regla, y uno á uno.

— *Culebrina* te cuidará, dijeron los otros burlandose.

— *Culebrina* estará quieta como una muerta, respondió el bravo; haced como ella, y dejadnos á ese joven y á mí, arreglar nuestros negocios en paz.

— ¡Al orden! hijos míos, exclamó *Mandamiento*, y cada puñal entre en su vaina.

«Y vos, señor *Carabatillo*, añadió volviendose á un joven garduño que le servia de *page*, id á hacer la centinela y *cantar como las ranas* al menor átomo de humeada que veais acercarse del patio del agua.

El enviado marché.

Se formó un grande círculo de hombres y mujeres en la sala de la Garduña; el *guapo* y *Manofina*, armados ambos con sus enormes puñales de *Albacete*, se adelantaron al centro del círculo viviente.

Antes de comenzar el combate, los dos adversarios confrontar escrupulosamente sus armas para asegurarse de que eran exactamente iguales.

Las armas de los dos guarduños se hallaron ser exactamente del mismo largo, sus hojas afiladas eran de un ancho igual. Este examen finalizado, los combatientes enrollaron sus capaz en el brazo izquierdo en guisa de escudo; luego siguieron valerosamente el uno frente del otro.

Colocados así, esperaron la señal.

El nuevo *guapo*, impaciente como un gallo nuevo que siente brotar sus espolones, gritó el primero:

— ¡Ande usted! ¡vamos pues!

A este grito, ambos se acometieron uno al otro, encorbandose, enderezandose, contorneandose como culebras; retirandose atrás para saltar de nuevo con golpe seguro y alcanzar á su enemigo. Cuantos movimientos rápidos é imprevistos que no tienen otro objeto más que alucinar á su adversario, á fin de que no pueda con seguridad dirigir sus golpes. *Manofina* muy calmoso y más ejercitado, tenía una incontestable ventaja.

El joven *guapo* aturdido por la cólera, furioso de perseguir á una sombra que se le escapaba sin cesar, se fatigaba desesperado con el diestro *Manofina*, descuidando el defenderse para atacar, y ofreciendo veinte veces su pecho al puñal asesino.

Culebrina seguía con centellante mirada y el pecho palpitante este combate atroz que tenía á todos suspenso. Algunos de los espectadores oraban interiormente por el joven bravo que veían ya tendido muerto sobre el suelo.

El maestre observaba; su semblante nada expresaba.

El joven guarduño ya fatigado, sin aliento por proseguir esta manera imprudente de combatir. Veinte veces el puñal de *Manofina* había rascañado su pecho; pero *Manofina*, que no quería matarle, se valió del momento en que su adversario se echaba sobre la mano horizontal, el cuchillo dirigido hácia su pecho, y, levantando bruscamente el brazo izquierdo con un golpe violento é imprevisto, envió el puñal del joven rodando á los piés del maestre.

— ¡Bravo! ¡bravo! gritaron todos; bravo, *Manofina*, eres digno todavía de ser de los nuestros.

— Gracias, hermanos, respondió el amante de la *serena*; gracias; vuestra aprobación me basta.

— Eras verdaderamente un hombre valiente, *Manofina*, dijo el vencido alargándole la mano; sin resentimiento, hermano.

Manofina estrechó cordialmente la mano del que buscaba la suya.

Luego, adelantándose hacia *Mandamiento*:

— Ahora maestre, dijo, terminemos la ceremonia y que yo sea libre.

Mandamiento vió que toda tentativa sería inútil para variar la resolución del *guapo*; el maestre sacó pues el puñal, apoyó la punta en el suelo, y, doblando con fuerza la hoja, la quebró y entregó los pedazos á *Manofina*, que le dió el suyo en cambio.

Con esto el bravo quedaba degradado é indigno de participar de las hazañas de la Garduña y de contribuir á su gloria.

Mandamiento tomó en seguida al bravo por la mano, y le condujo ante una imagen de la Virgen; allí *Manofina* habiéndose arrodillado, pronunció la formula siguiente:

— Por los dolores de la Virgen María, y por la sangre de su hijo Nuestro Señor, vertida por nosotros, juro de no descubrir jamás la cofradía de la Garduña ni á ninguno de los hermanos de la orden: de no ser jamás miembro de la gran *chimenea* en detrimento de los hermanos *guarduños*: y de no sacar jamás mi puñal contra alguno de ellos, sino que sea en legitima defensa. Dios me ayude segun la sinceridad de mi juramento y me castigue si faltó á él.

— *Amen*, respondieron todos los miembros presentes, arrodillados detrás del *guapo*.

Acabada esta ridícula ceremonia, *Manofina* cogió el brazo de su compañera, y dirigiendo una mirada de despedida á sus antiguos compañeros, salió de la cueva de la Garduña para no volver á entrar más en ella.

— Hermanos, dijo el maestre, después que *Manofina* hubo desaparecido, haremos una novena á la Virgen de los Dolores, á fin de que se digne enviarnos un digno sucesor á ese pobre muchacho extraviado que acaba de dejarnos.

IX.

El favorito del inquisidor.

Era el otra día de la orgias.

Podían ser las diez de la mañana; el inquisidor acababa de levantarse. Su rostro presentaba todavía las señales de los excesos de la noche precedente y de ese sueño intempestivo que fatiga y desgasta las fuerzas en lugar de repararlas.

Pedro Arbues estaba con una palidez lívida.

A la excitación nerviosa causada por la intemperancia, se unían las agitaciones de una pasión contrariada; una cólera sorda contra los agentes de sus crímenes. Enriquez, sobre todo, excitaba al más alto punto su resentimiento; la salvaje pasión del inquisidor por Dolores se exaltaba con todos los obstáculos que habían venido á trastornar sus proyectos.

Al color bilioso de Pedro Arbues se mezclaba por momentos manchas violadas; sus grandes ojos de un azul oscuro, luminosos y profundos, se volvían leonados como los del tigre, y su perfil de águila, violentamente contraído, se presentaba de una ferocidad aterradora.

Se acercó al brasero que estaba en medio de la habitación, y expuso sus manos yertas á este calor benéfico, tenía frío; la violencia de las sensaciones concentraba al cerebro todo el calor vital.

— ¡Dolores! exclamó; ¡Dolores!

Su imaginación exaltada le presentaba, cómo en un espejo mágico, la belleza sobrehumana de la hija del gobernador, dió un salto en la silla, y sus dientes se comprimieron por un exceso de frenesí indomable.

— ¡Oh! ¡cuan bella era! continuó Pedro Arbues, irrisiblemente perseguido por la imagen de la joven: ¡cuan bella estaba en medio de su terror! ¡Oh! ¡haberla visto así en mi casa... haberla tenido aquí en mi poder, sin temor de su cólera ni de sus gritos!... Sin embargo la tendría á no ser por la cobardía de Enriquez.

— Vil esclavo que no sabe más que adular y no servir; raza maldecida que besa el polvo de nuestras sandalias; y retrocede ante el peligro cuando se trata de satisfacerlos.

« ¡Mas que! prosiguió el feroz inquisidor levantando con altivez la cabeza, no soy el señor de aquí, ¿y no puedo obtener por la fuerza lo que la astucia no ha podido hacer?

« ¡Holá! dijo acercándose á una mampara de seda que le separaba de una antesala en que estaban los familiares de servicio; que venga mi secretario.

El secretario se presentó al momento.

Era un joven noble, de familia pobre, que por evitar la miseria y las persecuciones, se había puesto al servicio de su Eminencia.

Todo estaba al servicio de la inquisición.

— Don Felipe, dijo el inquisidor: ¿han preso esta noche al gobernador de Sevilla? ¿ha sido conducido á las prisiones del santo oficio?

Don Felipe se inclinó.

— Señor, las órdenes de vuestra Eminencia han sido ejecutadas.

Un rayo de alegría brilló en los ojos del inquisidor.

— Decid que venga José, prosiguió Arbues.

El secretario salió.

El inquisidor se puso á pasear con paso acelerado por el cuarto.

— Al menos, dijo, me vengaré de ella; y luego, continuó Pedro Arbues hablando siempre consigo mismo, espero que esos gitanos indómitos que protejo habrán cumplido mejor su obra que los familiares, por lo común los hijos de la Garduña no faltan á sus promesas. Ese Estévan, que yo aborrezco, no existe ya; habré á lo menos arrancado Dolores á ese rival odioso.

« Entra, José, dijo, tu presencia me es muy deseada.

El novicio era con efecto uno de esos seres indispensables á los ociosos poderosos del mundo que se han designado siempre con el nombre de favoritos; instrumento del bien

ó del mal, según la perversidad de su alma; seres débiles que reinan por la dulzura y la complacencia, y á quienes sin embargo nada resiste; influencias misteriosas, fatales como el destino, génios familiares del señor al cual inspiran todas las acciones buenas ó malas, parecen obrar en virtud de un talisman encantado, porque el día en que ese talisman se le escapa, caen ellos mismos arrastrados por ese irresistible poder que les pulveriza así como los ha formado, sin causa y sin objeto.

— ¿Señor, habeis descansado mal esta noche? preguntó el favorito con una voz cariñosa.

— Sí, he dormido poco, José; he pasado una noche fatigosa y cruel.

— Señor, tambien hay en palácio un pobre hombre que ha dormido mal, herido como ha sido en su cuerpo y en su alma por servir á vuestra Eminencia.

Los ojos de Pedro Arbues se encendieron de cólera.

José proseguió sin desconcertarse.

— Ese hombre, señor, poco ha faltado para que perdiese la vida por servir á vuestra Eminencia y cuando se os ha presentado, lleno de sangre y casi muerto, vuestra Eminencia le ha echado como animal inmundado; y luego á rehusado su justificación.

— José, exclamó el inquisidor con cólera, sabes que si otro que no fueras tú se atreviese á interceder por Enriquez....

— vuestra Eminencia le escucharía como se digna escucharme, prosiguió el favorito con tono tranquilo, porque vuestra Eminencia es justo antes que todo, y se reconviene en su alma su crueldad hácia ese pobre Enriquez.

— ¡Un traidor! murmuró Arbues.

— Un servidor que morirá por vos, señor, un servidor valiente y fiel; del que vos necesitais, á quien hareis ahora gobernador de Sevilla!

— ¡Por el anillo del Pescador! os burlais, José; no se cual de nosotros dos es más loco; si tú, joven atolondrado que me entretienes con semejantes chanzonetas, ó yo, grande inquisidor de Sevilla, que te escucho.

— Señor, dijo José, voy á probaros ahora mismo que somos ambos muy sabios.

-- Deseo ver como me pruebas eso.

-- Nada más facil, señor. Acabais de arrebatar á la noble ciudad de Sevilla su honradísimo y buen gober-

nador el conde Manuel Argoso; he ahí la ciudad sin mentor, y vuestra Eminencia sin auxiliar, en estos tiempos de herejia, señor, un auxiliar es una cosa sin que vuestra Eminencia no puede pasar.

— Adonde vas á parar, dijo el inquisidor que comenzaba á escucharle con complacencia.

— Solo quiero probaros, señor, que el mejor auxiliar del inquisidor es el gobernador de la ciudad, y que es urgente que ese gobernador sea hechura de vuestra Eminencia. ¿Pues á donde hallareis un hombre más decidido que ese pobre Enriquez, que en un simple rapto de una joven, ha sufrido dos ó tres *bautismos*, como dicen esos malditos gitanos de la Garduña, y el *baño* más completo que puede imaginarse?

Pedro Arbues se sonrió ligeramente, la influencia del favorito habia calmado la calentura que abrasaba su sangre.

— ¡Enriquez gobernador de Sevilla! exclamó de repente en un acceso de alegría; más sabés, José, que es un majadero.

— Más grande será el poder de vuestra Eminencia: que no hará nada sin vos, contestó José sin turbarse.

Una carcajada estrepitosa, pero sin gana ni simpatia, una risotada de inquisidor, rompió solo á esta salida.

José prosiguió con la resistencia mimosa de un niño mal criado.

— Señor, es menester que yo llame á ese pobre Enriquez para que se justifique é implore el volver á vuestra gracia.

— ¿Está bien arrepentido de la falta cometida en la expedición?

— Tiene la contricción perfecta, señor.

— Hecho, dijo Arbues, un hombre que á recibido tres *bautismos*, y que posee la contricción perfecta, merece ciertamente la absolución. Vé, pues á llamarle, José.

El nocivio besó la mano del inquisidor con aire febril; cualquiera que hubiese visto su cabeza inclinada sobre la mano de Pedro Arbues, habria juzgado por la expresión rencorosa y feroz de su fisonomía, que el favorito lugara desgarrar con sus dientes la mano del maestro, en lugar de imprimir en ella un beso hipócrita.

José salió.

— Por otra parte, se dijo el inquisidor, la idea de este muchacho no es tan mala. Enriquez gobernador de

Sevilla, educado por mí y sostenido por mí solo, será el instrumento de mis voluntades, el lictor á quien yo diga hiere, y herirá.

« Si, José tiene razón, y la seguridad reside en el.

Cuando acababa estas palabras, el favorito venia seguido de Enriquez.

El familiar estaba todavía pálido, su cabeza magullada y su brazo herido estaban fajados con venta; su aspecto hipócrita daba á este rostro flaco y fatigado el aire de más malo y más doliente.

A su vista la frente del inquisidor se oscureció nuevamente.

El desgraciado puso una rodilla en tierra, y con una seña solicitó el favor de besar la mano á su Eminencia.

Pedro Arbues miró á su favorito.

— Vamos, un poco de indulgencia, dijo la mirada de José.

— Os perdono, Enriquez, dijo el inquisidor, agradecido á José, que ha alegado por vos mejor que lo hubiese hecho un abogado, y contadme muy por menor la expedición que os ha costado estas heridas.

Enriquez no se hizo de rogar, refirió de nuevo á su Eminencia todo lo que hemos ya dicho del rapto de Dolores, sin hacer escrupolo de atribuirse todo el honor de los golpes dados y recibidos; en realidad no tomaba más que los bienes de los muertos, era una creencia y no un robo.

Cuando hubo acabado, el inquisidor, un poco blando, ó por mejor decir enteramente en su favor, le dijo con tono en que se percibían la benevolencia y la protección:

— Enriquez, te creo fiel, y aunque no haya logrado esta empresa, espero que en lo sucesivo tus esfuerzos y cuidados por el servicio de Dios (*) recompensarán este mal paso, y para probarte que no guardo contra tí ningún resentimiento, que te considero por lo contrario como mi servidor más decidido, voy á escribir al rey y pedirle para tí el destino de gobernador de Sevilla.

— ¡Ha muerto el conde Argoso! preguntó Enriquez entre suspenso y alegre.

— Lo mismo es, murmuró José entre dientes, está en las prisiones del santo oficio.

— Señor, dijo un familiar levantando una punta de la cortina de seda, el maestre *Mandamiento* pide hablar á vuestra Eminencia.

— Estévan á muerto, pensó el inquisidor.

« Haced entrar al *maestre* de la Garduña, dijo recalcando con ironía en estas últimas palabras.

Mandamiento entró.

Permaneció en pie con la cabeza cubierta en presencia del inquisidor. Este hombre salvaje tenía una idea tan bizarra y fanática de las prerogativas de su cargo, que creía tratar de igual á igual.

Enriquez hizo seña á *Mandamiento* para que se descubriese; el maestre respondió con una mirada de menosprecio. El inquisidor se rió, y volviéndose al garduña:

— ¡Con que! dijo, ¿todo esta acabado, no es eso?

— Nada se ha hecho, contestó *Mandamiento* con aire triste.

— ¡Que! ¡Estévan de Vargas!...

— Estévan de Vargas corre por el campo, y ni un cabello á caído de su cabeza. Por la primera vez desde su existencia la Garduña ha contado un traidor en su seno, y ese traidor es uno de sus más valientes hijos, prosiguió *Mandamiento* con un dolor cómico.

Se lastimaba de la deserción de *Manofina*, como un buen padre de familias de los excesos de un hijo único y querido.

— ¡Voto al demonio! exclamó el inquisidor dando con el pié en el suelo con rabia, ¿todo se vuelve contra mí en esta circunstancia! ¿Como se llama el traidor?

— He jurado que nadie lo sabrá, y ese nombre importa poco á vuestra Eminencia. He venido junto á vos solo para restituiros la suma adelantada á.... el que habia sido encargado de la expedición.

Y con la mayor escrupulosa probidad, el bandido echó en la mesa las piezas de oro que habia recibido para asesinar á don Estévan.

— ¿No hay, pues, ningún otro entre tus gitanos que quiera encargarse de eso? preguntó el inquisidor.

— ¡Oh! los valientes y los fieles no faltan entre nosotros y me atrevo á prometeros para lo sucesivo. Pero hemos perdido la pista de nuestro hombre, y será preciso algun tiempo.

— Eso no importa, respondió el inquisidor, si tu me prometes que don Estévan no te se escapará. Recoje pues

(*) Como sabemos Dios era la inquisición, etc.

el dinero, *Mandamiento*, esto no es una venta; cuanto más difícil sea el trabajo, más grande será la recompensa.

— Sea, dijo el bandido recogiendo la piezas de oro; dentro de ocho días, señor, puedo prometer á vuestra Eminencia que el joven habrá recibido un bautismo de mano de maestro.

— *Amen*, dijo José: y salió con aire indiferente.

— No podriais decirme, *Mandamiento*, preguntó Arbues, ¿en que lugar se ha refugiado la hija del gobernador de Sevilla?

— El señor no me habia encargado su de guarda, replicó el guardaño.

— Justamente esta es la respuesta de Cain al Señor, se arriesgó á decir Enriquez.

Se toleraba á José lo que no se toleraba al familiar; Arbues frunció las cejas; tenia el alma demasiado preocupada para entretenerse en chanzas.

— *Mandamiento*, continuó, he ahí una captura por la que el oro de mis arcas será prodigado; trata de descubrir á esa joven y traermela.

— ¿Sana y salva? preguntó friamente el bandido.

— ¡Voto á Cristo! exclamó el inquisidor que juraba indiferentemente por las cosas santas y las reprobadas; ¡voto á Cristo! sin que caiga un cabello de su cabeza, ¿lo entiendes? sin que se le cause el menor disgusto. ¿No teneis mujeres vosotros á quien encargarlo? que descubran á donde está esa joven, no desconfiará de un ser de su sexo; que se valga de la astucia, en fin, tú debes conocer como es preciso cogerla.

— ¡Oh! la *serena*, pensó *Mandamiento*, era diestra y solapada.

« Señor, continuó, on procurará; pero no prometo nada, eso es más difícil de lo que se piensa.

— Señor, dijo Enriquez en voz baja, yo la descubriré, ¿no será luego gobernador de Sevilla?

Arbues despidió al maestre guardaño.

Este extraño personaje salió con la cabeza descubierta, ojos serenos; tenia una alta idea de su importancia, y esta locura, exaltada todavía por una existencia muy excéntrica, y por el aire naturalmente orgulloso y poético del carácter español, imprimia á todas las acciones, á todos los movimientos de *Mandamiento*, algo de salvaje que el pensamiento no es capaz de expresar.

Cuando estaba fuera, Arbues se encogió de ombros.

— Estar en contacto con esta especie, murmuró, y todo esto por culpa de la milicia de Cristo. ¿Si los familiares tuviesen bastante celo, tendríamos necesidas de estos gitanos?

— Señor, dijo Enriquez, si estos gitanos no nos sirviesen nos harian la guerra.

— Es cierto, respondió Arbues.

El familiar vuelto á la gracia, continuó hablando con el inquisidor.

Lo que hablaron, no lo sabemos, pero seguramente el infierno debió sonreirse con esta conversación íntima, con esas confidencias cínicas ó impías tenidas entre estos dos horribles personajes, y si Dios no se indignó de verse mezclado en todo esto, es porque su bondad es infinita, y sufre los pícaros sobre la tierra; no para purificar los buenos como se dice, sino porque es padre, y un padre es siempre indulgente, aún con sus hijos más perversos.

Apenas el señor *Mandamiento* habia andado algunos pasos en la calle, cuando se sintió detenido per la manga de su chaqueta.

El maestre se volvió y no quedó poco sorprendido al reconocer al favorito del inquisidor en el que le habia detenido.

— ¿Su Eminencia á olvidado alguna cosa? preguntó el gitano.

— Su Eminencia á olvidado decirte que *yo no quiero* que don Estévan Vargas muera, respondió José.

— Era preciso recordarselo, replicó *Mandamiento* en el mismo tono.

— ¿Con tal que tú lo sepas, no es todo lo que se necesita? dijo el novicio.

— El señor me ha dado arras por *oscurecer* á don Estévan, continuó el bandido, y no conozco nada que me impida cumplir la voluntad del señor inquisidor.

— Excepto la mia, dijo José con autoridad, *yo no quiero* que don Estévan muera, ¿entiendes *Mandamiento!* y yo devolveré las arras al señor, está tranquilo sobre este punto, y vete.

El maestre conocia todo el poder de José sobre el inquisidor; el tono resuelto del novicio le ponía en la indecisión; ¿era preciso desagradar al dueño, ó desagradar al favorito?

Mandamiento reflexionó un instante, luego volvien-

dose al fraile joven que le interrogaba con sus ojos penetrantes.

— Reverendo, dijo, sucedame lo que quiera, sereis obedecido:

Un cortesano no lo hubiese hecho mejor.

— Está bien. dijo José, sucedate lo que quiera, quejate de mí; dejando caer una bolsa llena de oro en la mano del garduño, el favorito desapareció á la vuelta de una calle.

— Este es un noble, dijo *Mandamiento* considerando el rico presente del fraile joven. Nada es más bien adquirido que lo que se nos dá; yo puedo pues guardarlo.

El maestro de la Garduña se alejó cantando á media voz uno de esos antiguos romances españoles que los gitanos cantan todavía en Andalucía.

X.

La profesión.

Eran dos meses después de la desaparición de la hija del gobernador. La pasión de Pedro Arbues, aunque no extinguida, dejaba algunos instantes de tregua á esta alma ardientemente despótica, y los placeres de la dominación entibiaban por instantes las decepciones de su amor desenfrenado.

Luego, Dolores no era el único interés de la vida del inquisidor. Este día, José, su favorito, debía hacer su profesión en el convento de los dominicos, y la amistad de Pedro Arbues por este joven de una belleza feminil, era bastante viva para distraer una pasión más ardiente.

Desde por la mañana de este día solemne, el convento habia estado esperando; la capilla, vasta redonda que habia conservado bajo sus adornos cristianos una fisonomía morisca, habia sido adornada de guirnalda y flores.

Á Nuestra Señora del Rosario, patrona especial de los dominicos, se le habian puesto los vestidos de fiesta; la seda y el terciopelo habian cubierto la santa imagen de la humilde madre del más humilde de los hombres, y esta modesta reina de los ángeles ostentó diamantes y perlas como una reina de la tierra.

Á la derecha, en el santuario, una silla, cubierta de terciopelo y debajo de un dosel elegante, habia sido preparada para el señor grande inquisidor; á la derecha sobre un sillón un poco más bajo, debía sentarse el prior del convento, que, por lo comun, ocupaba el primer lugar. Este día era preciso conformarse con las leyes de la gerarquía.

A las nueve, un canto largo y solemne principió bajo las vueltas de la capilla, ya llena de numerosos convidados, damas y caballeros de la corte en su mayor parte.

Los frailes, con el estandarte á la cabeza, se adelantaron solemnemente en dos filas cantando el *gloria in excelsis*. Todos llevaban una vela en la mano. Estas lúgubres figuras disimulaban mal bajo un ascetismo agreste, pasiones del todo terrenales; sin embargo esta larga procesión de hombres revestidos con las insignias del sepulcro (negro y blanco), tenían alguna cosa de lúgubre que llenaba de espanto: el prior, revestido con los vestimentas episcopales, presidía la comunidad.

Concluido el canto, los frailes se detuvieron enfrente unos de otros. El prior pasó por medio de ellos; dos frailes haciendo de diáconos, le siguieron; acompañaban al novicio, vestido con el rico y gracioso traje de los caballeros españoles.

Todos cuatro fueron á arrodillarse ante el santuario, en almohadones de terciopelo que habian sido preparados para el objeto.

Un caballero español servia de padrino á don José.

El señor Arbues ocupaba ya el lugar que le habia sido reservado.

Después del Evangelio hubo el sermón de costumbre, discurso pomposo y místico sobre la excelencia de la vida claustral.

El auditorio quedó muy satisfecho; sin embargo la elocuencia del predicador no impidió á las bellas damas presentes á la cerimonia de mirar muy santamente al joven novicio y admirar su buena cara y bella figura.

José no obstante estaba muy pálido; pero sus ojos negros tenían una extraordinaria expresión, y varias señales de alegría pasaban por su semblante.

Después de la misa el prior se adelantó hacia el novicio:

— ¿Que venis á buscar tan adornado á la casa de Dios? le preguntó.

— Busco la salvación de mi alma, respondió José.

— Es en medio de la pompa del mundo ¿dónde piensas hallarla?

— No, renuncio á la pompa del mundo.

— No es bastante, es preciso renunciar la carne y tu voluntad.

— Haré voto de castidad, y seré humilde y sumiso al que quiera dirigirme por el camino de la salvación.

— Vé pues, dijo el prior.

Dos frailes cogieron al novicio y le condujeron detrás del altar á un lugar destinado al efecto.

Era un lugar obscuro, iluminado por una lámpara sepulcral que pendía de la vuelta; en medio, sobre el suelo cubierto de paño negro, un atahud oculto bajo un paño mortuorio, al rededor del cuál ardian cuatro hachas de cera blancas, parecia esperar que se le bajase al sepulcro.

Sobre la cubierta del atahud, una calavera, colocada sobre dos huesos en cruz, mostraba dos órdenes de dientes de una blancura extremada.

Al frente, fijos en tierra por el hásta, se elevaban, cómo dos estandartes siniestros, la gran cruz de plata y la *manga* que se llevaba á los entierros.

Hacia lo alto de la cueva, al lado del reclinatorio sobre el cual estaba un crucifijo de plomo, se veia una mesa cubierta de negro, en que estaban dispuestos los nuevos hábitos destinados al novicio.

En fin al otro extremo, frente al reclinatorio, una gran placa de metal brillante, colgada en la pared, reflejaba y multiplicaba todos estos objetos lúgubres.

Este sitio se llama *la cueva de la salvación*.

Allí se dejó el novicio solo.

Se despojó de sus vestidos profanos, vistió el hábito de los dominicos, una túnica y escapulario blanco, capa y capillo negro, lúgubre traje que parecia ser la librea de la muerte; luégo sacó su sombrero adornado de plumas para no tener jamás otro peinado que su cerquillo, y en lugar del cinto dorado que sostenia su espada, ciñó su cintura con la correa, simbolo de la pobreza; después en fin quitó sus ricos botines y calzó los zapatos que no debiera dejar.

Todo esto duró como media hora.

La mano del novicio temblaba como si tubiese calentura, su corazón latia con golpes disiguales y precipitados, un sudor frio cubrió su rostro blancos y hermoso. Se arrodilló ante el crucifijo y con voz tremula y dolorosa se puso á orar.

Sollozos desgarradores salian de su pecho, pronunció palabras ininteligibles, y un nombre que solo él podia comprender venia constantemente á sus labios.

Durante este tiempo el organo resonaba por la capilla con su grandiosa armonía. El canto de los frailes retum-

baba y atronaba, se elevaba en notas vibradoras y metálicas... esos cánticos sagrados se cambiaron para él en una espantosa ironía; en lugar de flores, incienso y luces, no vio ya más que sangre y cadalso. La voz de los frailes le parecía á la horrenda risa de otros tantos demonios que asistían con frialdad á la agonía del género humano y su imaginación pronunció estas lugubres palabras del Evangelio: *Todos irán al abismo; allí á donde hay lágrimas y crujidos de dientes, id malditos al fuego eterno.*

El novicio sintió entonces como una mano de fuego posarse sobre la suya desnuda y hierta, una voz burlona, áspera, infernal, pronunció á sus oídos en medio de su horrible soñido:

— ¡Vén!...

Al mismo tiempo, cediendo como á pesar suyo al ascendiente de este conductor invisible, sin tomar aún el trabajo de levantarse para marchar, José se sintió rodar de abismo en abismo, al través de una atmosfera caliente y ruidosa, hasta una inconmensurable profundidad.

Allí se detuvo; eran las entrañas de la tierra. Su respiración era rápida, penosa y desigual; creyó estar metido vivo en una tumba cerrada.

Mas en este momento, una puerta se abre ante él, y le deja ver un extraordinario espectáculo.

Era un lugar inmenso, horrible y abrasador; de dónde salía una llama infecta. Monstruos raros y horrendos volaban pesadamente por el espacio por encima del oscuro vapor del fuego, sostenidos por anchas alas membranosas como el pergamino negro y arrugado. Estos monstruos daban ahullidos de alegría siniestros y feroces; reían con los gestos y la risa tenebrosa de los demonios y condenados; luego repetían en coro, como el ruido de una carraca.

— ¡Ahí están! ¡ahí están!

José miró.

Innumerables legiones de frailes se agolpaban á la entrada de este vasto pandemonio. Á todos los vio desfilar uno tras otro; y á medida que llegaban á este lugar se despojaban de su primera forma, y á la claridad roja del eterno incendio, los veía tomar formas vergonzosas ó ridículas, y á pesar de esta transformación, conservar los deseos, la inclinación y la inteligencia del hombre, y ser reducido á seguir los instintos del ser inmundado.

que se habían revestido! ó bien tomaban á la vez la forma de los animales de instintos opuestos, y sujetos á las necesidades de estas dos naturalezas contrarias, hallaban en esta eterna contradicción espantosos sufrimientos y deseos imposibles de satisfacer.

Este suplicio atroz, inconcebible, inventado por una imaginación delirante, hizo estremecer al novicio; una risa estrepitosa y desigual salió de sus gargantas... acababa de percibir al inquisidor Arbues bajo la figura de un tigre, con el pico y las patas de un ansaron.

Á esta fatigosa alucinación sucedió una postración completa; cuando vinieron á buscar á José para llevarle á la iglesia, apenas podía sostenerse; su paso era lento y vacilante, su rostro pálido se inclinaba sobre el pecho, y una respiración penosa salía de su pecho.

Pero al acercarse al altar, vio á Pedro Arbues sentado en su silla episcopal: esta vista pareció reanimarle; una muestra de odio se demostró en sus ojos; la sangre volvió al corazón: había vuelto á la realidad de la vida.

Entonces se arrodilló humildemente sobre la piedra desnuda, no ya escoltado por su padre adoptivo, como principio de la ceremonia, sino solo; no tenía ya otro padre que Dios.

Pronunció sus votos con voz firme, el prior los recibió, y después de la última fórmula el órgano comenzó de nuevo su canto sublime, y los frailes entonaron el *Te Deum*.

Esto era en acción de gracias por haber arrebatado un alma al demonio.

Concluido el canto se tendió al profeso en un atahud y se comenzó el oficio de difuntos. Durante este tiempo, José, dominado de emociones y fatigas, se durmió un sueño profundo. Parecía que la tumba fuese el solo lugar en que hubiese paz y reposo para él, el paño mortuorio que le cubría le había separado de la vida, y los dolores que arrastra tras sí.

El movimiento que hicieron los frailes al levantar el atahud para trasportarle á las catacumbas, no pudo aún despertar al novicio; cuando salió de este sueño letárgico, estaba solo en las cuevas subterráneas de la abadía, rodeado de sepulcros y de huesos.

Tales eran las ceremonias que acompañaban la profesión de un fraile dominico; una vez afiliado, luego era iniciado en los goces egoistas de la vida monástica, á menos que no hubiese tomado con seriedad toda esta fantasmagoría.

Cuando José despertó, un profundo suspiro elevó su pecho, dirigiendo al rededor suyo una siniestra mirada.

— La muerte, murmuró; ¡si! la muerte es dulce, ella reúne... pero yo, no puedo morir todavía... ¡oh no! ¡exclamó con energía, antes de morir es preciso vengarme!

« ¡Fernando! prosiguió con una voz sorda, como si al alejarse de este fúnebre lugar, hubiese hablado con un ser invisible; ¡Fernando! espera un poco, bien pronto!...